

1933

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CASTILLO DEL FANTASMA,

MELODRAMA EN CINCO CUADROS Y UN PRÓLOGO, EN PROSA.

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1868.

9

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antesala.
 Abelardo y Eloisa.
 Abnegacion y nobleza.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del agua.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor saador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Artículo por articulo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empeñe un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contrastes.
 Catalina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carniola.
 Candidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Lara y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomas.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 Está loca

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el miriñaque.
 ¡Es una maíva!
 Echar por el atajo.
 El clavo de los maridos.
 El onceno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey Garcia.
 El atan de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada dia.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichon.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroneiras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahoreado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diablo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fé en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
 Gemo y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la hué.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan Sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinc.
 Lo mejor de los dados.
 Los dos sargentos espa.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un cas.
 La hija del rey Renc.
 Los extremos.
 Los dedos huespedes.
 Los exasis.
 La posdata de una cart.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Terue.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Conde.
 La esposa de Sancho e.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Dilu.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madr.
 La Madre de San Fer.
 Las flores de Don Jua.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Floren.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los ami.
 La escuela de los per.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las huérfanas de la C.
 La ninfa Iris.
 La dicha en el bien aj.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camaci.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madri.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla.
 La calle de la Monte.
 Los pecados de los pe.
 Los inflees.
 Los moros del Riff.

EL CASTILLO DEL FANTASMA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literarias. Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CASTILLO DEL FANTASMA,

MELODRAMA

EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO, EN PROSA,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representado por primera vez con gran aplauso en el teatro de Novedades
el día 25 de Noviembre de 1868.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARTA, 20 años en el prólogo y 37 después.....	DOÑA ROSA TENORIO.
LA DUQUESA DE MÁNTUA, esposa de Guido de Gonzaga, 50.	DOÑA VICENTA URRUTIA.
ESTELA, hija del duque de Ferrara, 17.....	DOÑA EMILIA SIRERA.
LUIGI, 25 y 42.....	D. ASCENSIO MORA.
FRANCESCO, supuesto hijo de Guido, 6 y 23.....	D. SEGISMUNDO CERVÍ.
PAOLO, hijo del duque, 26.....	D. JUAN MELA.
GUIDO DE GONZAGA, con el nombre de Astolfo en el prólogo, 30 y 47.....	D. N. JIMENEZ.
BEPPO, 25.....	D. RAMON BENEDÍ.
ANTONIO, 45 y 62.....	D. JOSÉ DIEZ.
PIETRO, 30 y 47.....	D. RICARDO GUERRA.
SPOLETTO, 40.....	D. ENRIQUE S. DE LEON.
SAVIOLA. { Condottieri..... }	D. N. SIRERA.
FILIPPO. { Condottieri..... }	D. A. LÁZARO.
FRANCESCHINO, niño de 6 años....	ROYO.
Caballeros y damas de la corte, soldados, bandidos, pueblo, etc.	

La accion pasa en el ducado de Mántua á fines del siglo XV.

NOTA. Consérvese en los nombres propios la pronunciacion italiana.

PRÓLOGO.

El teatro representa un cobertizo de una humilde posada ú hostería, cerca de Peschiera: puertas laterales, una mesa, sillas y bancos toscos; por el fondo, al través de un gran arco, se verá la campiña circuida de montañas, y por entre ellas un sendero que pasa junto á la hostería.

ESCENA PRIMERA.

Aparece MARTA con un plato en la mano y FRANCESCO y FRANCESCHINO, niños de cinco ó seis años, sentados junto á una mesa y comiendo.

MARTA. ¡Otro dia más fuera de casa! Dios mio: ¿dónde estará? (Viendo á Francesco que empuja al otro niño para dejarlo caer.) ¡Vamos á ver! ¿quieres estarte quieto? Tienes la mano muy larga, y estás siempre castigando á tu hermano, sin que el pobre niño te dé motivo para ello. (Franceschino llora, Marta acude á él, y le limpia las lágrimas.) VAMOS, hijo mio, no llores, que eso no ha sido nada. Otro dia comerás tú solo, para que ese pícaro no te moleste.

FRANC. (Con acento brusco.) Pues ¿para qué le dan á él la cuchara más nueva?

FRANC.^o Tómala, y no me pegues. (Alargándosela.)

- MARTA. (Dándole un beso.) ¡Pobre ángel mio! (Á Francesco.) ¿Ves tú? para que aprendas á ser humilde y bueno.
- FRANC. Yo no tengo nada que aprender; (Ap.) y en cuanto lo pille solo!...
- MARTA. (Dirigiéndose hácia el foro.) Me pareció que sentia ruido. Acaso algun viajero... pero son tan pocos los que se detienen en esta hostería... ¡Y mi marido que no viene!
- FRANC.^o (Levantándose de la mesa, y huyendo de su hermano, que le persigue con un cuchillo.) ¡Ay! madre! madre!
- MARTA. (Corriendo hácia ellos.) ¿Qué es eso?
- FRANC. (Tirando el cuchillo, y huyendo de Marta, por una de las puertas laterales.) Le he de matar!
- MARTA. (Á Franceschino.) Ven, hijo mio, ven tú por aquí. (Lo lleva por la otra puerta.)

ESCENA II.

PIETRO, luego MARTA.

- PIETRO. (Entrando.) Sí, noy duda; esta es la hostería; pero no se ve á nadie. (Llamando.) Marta! hermana mia! Marta!
- MARTA. (Saliendo.) Ah! esa voz... (Dirigiéndose á abrazarle.) Pietro! hermano de mi alma! Gracias á Dios que te veo, despues de tan larga ausencia!
- PIETRO. Cuánto trabajo me ha costado encontrarte! Quién habia de pensar que te hubieses metido á hostelera? Te dejé labradora rica, ó por lo ménos algo acomodada...
- MARTA. Ay, hermano mio! otras torres más altas vienen al suelo!
- PIETRO. Es verdad; pero tan pronto... Tu marido sin duda... os ha arruinado.
- MARTA. Qué quieres!
- PIETRO. Pero ¿dónde está tu marido? dónde está Luigi? que le quiero decir cuatro verdades.
- MARTA. No lo sé...
- PIETRO. Te ha abandonado quizás.
- MARTA. No seria la vez primera. Á poco de ausentarte tú, se

alejó á hacer sus correrías, dejándome completamente abandonada. Viéndome en tal estado, sin recurso alguno, y ya próxima á ser madre, no sé á qué medios hubiera apelado para vivir, si un matrimonio que vivía en las inmediaciones no se hubiera interesado por mi suerte. En casa de aquella familia, proscrita sin duda, segun lo que sucedió despues, di á luz á un niño que á los pocos días me arrebató la muerte. La señora tenia tambien un niño enfermo, de pocos meses de nacido; yo me encargué entónces de su crianza, y la pobre criatura empezó á mejorarse visiblemente. En este tiempo, los enemigos de aquella familia hubieron de descubrir el lugar en que esta se ocultaba, y mis protectores tuvieron que huir precipitadamente con otro niño de tres años, confiándome el más pequeño de los dos, por temor de que muriese con la fatiga del viaje. El padre del niño, que segun me dijo, se llamaba Astolfo, me dejó una buena cantidad, para que no nos faltase nada, ofreciéndome enviar otras, como en efecto lo ha cumplido, y me prometió ademas un regalo de mil escudos de oro, si el día en que volviese á buscar á su hijo, se lo entregaba sano y bueno, como lo está á Dios gracias, esperando el regreso de su padre.

PIETRO. De modo que tienes un niño...

MARTA. Tengo dos, Pietro.

PIETRO. Dos?

MARTA. Sí, el uno es el que acabo de decirte, y el otro es un pobre huérfano de un condottiere, y de una infeliz mujer que murió cerca de aquí, en un estado de miseria, y yo lo recogí por caridad al verle desamparado.

PIETRO. Bien hecho, hermana mia, esa es una buena accion, de que tarde ó temprano hallarás el premio.

MARTA. Lo que es hasta ahora... te aseguro que estoy casi arrepentida.

PIETRO. Pues cómo?

MARTA. Es una criatura de un carácter y de unas intenciones abominables: todo lo que tiene de bondadoso y humil-

de el hijo del señor Astolfo, que es de su misma edad, lo tiene aquel de díscolo y perverso. Aborrece de tal manera al otro niño, que á cada instante estoy temiendo una desgracia. No parece sino que han nacido el uno para víctima, y el otro para verdugo.

PIETRO. ¿Y ese señor Astolfo, no ha venido nunca á ver á su hijo?

MARTA. Va á hacer seis años que lo dejaron en mi poder, y en este tiempo no ha venido más que un viejo ermitaño, y eso de tarde en tarde, á traernos recursos y á informarse de su salud; pero hace ya más de diez meses que nadie se presenta, y Luigi está furioso con este retardo que nos deja sin recursos para subsistir.

PIETRO. Ah! Conque tu marido habia vuelto á tu lado?...

MARTA. Cuando supo que yo estaba en Peschiera y que tenia hechas algunas economías, volvió á reunirse conmigo.

PIETRO. Y tú le recibiste?

MARTA. ¿Qué habia de hacer? Al fin es mi esposo, y no debia guardarle rencor. Por otra parte, me hizo tantas promesas...

PIETRO. Que no ha cumplido, sin duda.

MARTA. Al principio, sí; pero desde que el buen ermitaño no nos trae dinero, ha vuelto á ser brusco y arrebatado; sobre todo con esa pobre criatura, que no tiene culpa de nada. Yo, por ver si en el campo mejoraba de condicion y se ocupaba en alguna cosa para ayudar á los gastos de la familia, consentí en dejar nuestra humilde casa de Peschiera, y alquilar esta hostería, donde vivimos hace algunos meses; pero por desgracia, aquí no viene más que gente de mal vivir...

PIETRO. Sus compañeros acaso. (Ruido fuera.)

MARTA. Calla, hermano mio; creo que es él el que llega. (Viéndole entrar.) En efecto, es Luigi.

ESCENA III.

DICHOS, LUIGI.

LUIGI. (Entrando con visibles muestras de un principio de embriaguez. Se dirige á una de las mesas, dando en ella fuertes golpes, sin reparar en Pietro ni en Marta.) ¡Hola! á ver si me traes vino! Mucho vino... para mí y para mis compañeros, que no tardarán en llegar.

MARTA. ¡Tus compañeros! Ya sabes, Luigi, cuánto me disgusta verte entre esos hombres.

LUIGI. Hostelera, trae vino para toda la partida, ó me levanto y echo á rodar todos los cachivaches, inclusa tú. Me entiendes?

PIETRO. (Acercándose.) Más despacio, Luigi, más despacio.

LUIGI. (Levantándose.) ¡Rayo de Dios! ¿Quién es el que se atreve á levantar el gallo en mi casa? (Transición.) Ah! .. eres tú... Pietro? Agradece que eres el hermano de mi mujer.

PIETRO. Su hermano, que está dispuesto, si ella lo quiere, á arrancarla de la vida miserable que le haces sufrir á tu lado.

LUIGI. Ah! Conque ella te ha dado las quejas?

MARTA. No, Luigi; yo no me quejo á nadie. Dios me ha deparado esta suerte, y la sufro con resignacion.

LUIGI. Sufres!... Porque te da la gana. ¿Dónde hay vida como la nuestra? (Á Pietro.) Si ella me quisiera ayudar... el dia ménos pensado haríamos por ahí un buen negocio, y nos llevaríamos á la vejez una vida de príncipes.

PIETRO. ¿Y qué clase de negocios son los tuyos?

LUIGI. ¿Qué clase? Los de cualquiera hombre; los de cualquiera. Yo soy un bravo de profesion; vivo sobre el país, y caiga el que caiga. Qué diablos ha de hacer un hombre acostumbrado á la guerra, cuando la guerra se ha concluido? Pero ella es tonta... y... (Sacando una botella y dos vasos, y poniéndolos sobre la mesa.)

MARTA. ¡Pobre Luigi!

PIETRO. Tú no puedes vivir con ese hombre.

MARTA. ¿Y qué haré con abandonarle? Mis consejos le acarrearán alguna vez al buen camino.

PIETRO. No lo esperes.

LUIGI. (Volviendo.) Vamos, cuñado; ven á empinar el codo conmigo, y déjate de tonterías: en este mundo, cada uno vive como puede. ¡Vamos!

PIETRO. No bebo.

LUIGI. Como quieras. Yo sí. (Bebe.) Dí, Marta; ¿y en estos dos días no ha parecido el hombre del capuchón?

MARTA. (Con tristeza.) No ha venido nadie.

LUIGI. Entónces es necesario que te alargues al convento de franciscanos, que no está lejos, y preguntes por el ermitaño, á ver si se lo ha llevado el demonio. Ya ves, dos chicos que mantener, para el que no tiene con qué mantenerse á sí mismo! El día que se acabe, los pongo á los dos en la puerta, les arrimo un puntapié... y largo!

PIETRO. ¿Y tendrás corazon para abandonar esas pobres criaturas?

LUIGI. Tienes razon; abandonarlos seria mal hecho: los venderé á los gitanos ó á alguna compañía de saltimbanquis, y me saldrá mejor la cuenta.

MARTA. Piensa que de un momento á otro pueden venir los padres de Franceschino á reclamarlo, y nos darán los mil escudos de oro que nos ofrecieron, y de los cuales podremos disponer honradamente.

LUIGI. (Bebiendo.) Sí; fíate de la Virgen... Segun las trazas deben haber muerto. Ese señor Astolfo, como tú dices, seria sin duda algun partidario de Guido de Gonzaga, el antiguo Duque de Mántua, el enemigo del señor Bonnacossi, príncipe actual, y por consiguiente nunca volverá por aquí, aunque viviera; porque la cabeza vale más que un hijo.

PIETRO. Si fuera así, haria mal en volver, porque el príncipe Bonnacossi ha resuelto hacerle cruda guerra, hasta el

punto de poner á precio la cabeza de Gonzaga.

LUIGI. Muy bien hecho: eso es mirar por nosotros, ofreciéndonos la ocasion de que se maree el oficio.

MARTA. ¡Virgen María! ¿Y te atreverias á contribuir á un crimen semejante?

LUIGI. (Bebiendo.) ¿Crimen has dicho? Si hay crimen, eso no es cuenta nuestra, sino del que lo manda cometer. Cada uno vive de su trabajo; y así como el soldado no es criminal matando al enemigo, yo tampoco lo soy por dar cumplimiento á la órden de mi soberano.

PIETRO. No compares la espada del soldado con el puñal del cobarde asesino!

LUIGI. (Echando mano al puñal y levantándose furioso.) ¡Rayo de Dios! Ahora verás si soy cobarde!

MARTA. (Interponiéndose.) Luigi! qué vas á hacer? No ves que es mi hermano? Pietro, por Dios, mira el estado en que se encuentra!

LUIGI. (Volviendo á sentarse, y guardando el puñal.) Bueno; pues que se vaya.

PIETRO. Sí, me voy al instante. Adios, hermana mia, y que el cielo te libre pronto de ese hombre.

MARTA. (Acompañándole hasta la puerta.) Pero aguarda un poco, iré contigo hasta el convento. Voy á llevarme los niños, no les suceda aquí alguna desgracia. (Entra en ambas habitaciones y sale con los niños, y acompañada de Pietro, por el foro.)

LUIGI. (Viéndolos salir.) ¡La del humo!

ESCENA IV.

LUIGI, FILIPPO, SAVIOLA y varios condottieri.

FILIPPO. (Desde el fondo á Luigi.) Dí: ¿es tu mujer esa que se va?

LUIGI. Sí; con eso podremos hablar, sin que nadie nos escuche. Saviola, ponte tú de centinela.

LUIGI. Sentaos los demas, y no perdamos el tiempo. ¿Qué novedades hay, Filippo?

FILIPPO. Se asegura que Guido de Gonzaga anda por estos alrededores.

LUIGI. ¿Vendrá él mismo á meterse en la boca del lobo?

FILIPPO. ¿Sabes que el príncipe Bonnacossi ha puesto precio á su cabeza?

LUIGI. Lo sé. ¿Y cuánto es lo que ofrece?

FILIPPO. Quinientos escudos de oro.

LUIGI. No es gran cosa por la cabeza de un duque. Apuesto á que no da en eso la suya propia.

FILIPPO. Ya lo creo! (Los bandidos ríen.)

LUIGI. Sin embargo, ya eso no es pedir que se trabaje de balde. Veamos ahora de qué medios nos valemos para que nos salga bien el negocio. Un trago y discurremos. (Beben.)

FILIPPO. ¿Discurres tú así?

LUIGI. Ya sabes que cuanto más bebo, más despejada está mi cabeza y mejores ideas se me ocurren

FILIPPO. Piensa, piensa.

LUIGI. (Después de un momento de reflexion y dándose un golpe en la frente.) ¡Ya está aquí!

VARIOS. (Con curiosidad.) Á ver?

LUIGI. Vosotros recorrereis los bosques inmediatos, por si se oculta en alguno de ellos, esperando que sus partidarios se le reúnan. Luego que tenga noticias de la batida, procurará refugiarse en territorio veneciano; para ello, no puede tomar más que un camino, que es el que conduce á Peschiera, y por consiguiente tiene que pasar por mi hostería. Yo permaneceré aquí en acecho; y con astucia ó por fuerza, detendré á cualquiera que se me haga sospechoso.

FILIPPO. Veo que discurres como un sabio.

LUIGI. Bebamos, pues, la última copa, y cada cual á cumplir con su encargo.

FILIPPO. Dice bien; bebamos, y al avío.

LUIGI. Ahora, separémonos, y hasta la noche.

TODOS. Hasta la noche. (Toman sus armas y vándose por el foro derecha.)

ESCENA V.

LUIGI.

Ahora, lo principal es precaverme contra las ideas humanitarias de mi mujer. Las buenas almas echan siempre á perder los buenos negocios. ¡Mala le espera al pobre señor! Y bien mirado, yo no tengo contra él ningun motivo de odio; pero ¡qué diablo! cuando se toma un oficio .. Si tuviera algun dato para conocerle... No importa; creo que mi instinto será bastante. (Pausa.) Siento rumor. (Se dirige al fondo y vuelve.) Son dos viajeros. Para dos, estoy armado de sobra. Ya llegan.

ESCENA VI.

LUIGI, ASTOLFO, ANTONIO.

- AST. (Á Luigi.) Dios os guarde. ¿Sois vos el dueño de esta hostería?
- LUIGI. Para serviros. ¿Qué se os ofrece?
- AST. Somos dos mercaderes venecianos que volvemos á nuestro pais, y quisiéramos descansar aquí un poco, si para ello no hay inconveniente.
- LUIGI. Ninguno; podeis estar hasta que se os antoje. (Astolfo y Antonio se sientan.)
- AST. (Á Luigi, señalando al fondo.) Ese camino, si no nos han engañado, conduce á Peschiera.
- LUIGI. Precisamente.
- AST. (Á Antonio.) Escucha. (Le habla por lo bajo.)
- LUIGI. (Ap.) Si alguno de los dos será nuestro hombre?
- ANT. (Levantándose y por lo bajo á Astolfo.) Voy en seguida. (Se dirige hácia el foro.)
- LUIGI. (Á Astolfo.) Qué es eso; ¿vuestro compañero no regresa con vos á Venecia?
- AST. Sí tal; pero quisiéramos encontrar ántes á una buena

- mujer... que segun nos han dicho, vive en estos alrededores, y tenemos un grande interés en encontrarla.
- LUIGI. Quizás yo os podré ayudar; conozco mucha gente en este pais y... Decidme: ¿cómo se llama esa mujer?
- AST. Marta.
- LUIGI. Calla! Ese es el nombre de la mia.
- AST. Acaso .. ¿Cuál es vuestro nombre?
- LUIGI. Me llamo Luigi Barbarena, para serviros.
- ANT. (Á Astolfo por lo bajo.) Tened cuidado, que es un espada-chin, un bravo de profesion.
- LUIGI. ¿Y qué es lo que se os ofrece con mi mujer?
- AST. Acaso mi nombre sólo os dirá todo lo que yo pudiera deciros: me llamo Astolfo.
- LUIGI. ¡Astolfo!... ¡Acabáramos de una vez! ¿Conque vos sois el padre del niño que tenemos...
- AST. ¡Ah. ¿Conque existe mi hijo? ¡Gracias, Dios mio! gracias!
- LUIGI. Segun eso, venis á recogerle?
- AST. Sí, amigo mio: venimos expresamente por él; y aqui teneis la prueba convenida para el reconocimiento. (Mostrándola.) La mitad de una sortija.
- LUIGI. Bien, bien; mi mujer conserva la otra mitad. Pero no es eso todo: Marta me ha hablado de mil escudos...
- AST. Se os entregarán al instante.
- LUIGI. Oh! excelencia! qué alegría!... (Reponiéndose.) Quiero decir... qué tristeza... el tener ahora que.. entregar al niño!... pobre criatura!... y yo que le quiero tanto! Pero en fin, va con su padre... y... ¡Pobrecito! (Con enternecimiento cómico.)
- AST. No os apureis, amigo mio; que, Dios mediante, ya le volvereis á ver en posicion más... (Antonio se le acerca y le tira del vestido para que calle. Astolfo se vuelve y le dice por lo bajo:) Ya lo ves; tiene muy buen corazon.
- ANT. (Bajo á Astolfo.) No nos flemos.
- AST. (Á Luigi.) Decidme: ¿dónde está el niño? Quiero verle! tengo ánsia de abrazarle!
- LUIGI. Hace poco lo ha llevado Marta á... á dar un paseo, Es

un picarrillo; le gusta mucho pasear; y como le queremos tanto... Lo que es de mí hace lo que quiere.

AST. Siento que no se halle aquí. Tenemos prisa por volver á Venecia...

LUIGI. Teneis razon: los caminos no están muy buenos, y por todas partes andan gentes pagadas por Bonnacossi...

AST. Con qué objeto?

LUIGI. Con el de apoderarse de Guido de Gonzaga, por cuya cabeza ofrecen nada ménos que quinientos escudos.

ANT. (Temblando y mirando á Astolfo.) ¡Cielos!

AST. (Ap. á Antonio.) Serénate; ya ves que yo estoy tranquilo.

LUIGI. Qué le da á ese hombre?

ANT. (Reponiéndose.) Nada. Es un...

AST. Conque decis que Gonzaga?... (Á Luigi.)

LUIGI. Aseguran que anda por estos contornos, esperando que se levanten sus partidarios.

AST. (Fingiéndole admiracion.) Es posible?

LUIGI. Y por cierto que, cuando entrásteis en mi hostería, dije para mí: si será alguno de estos?

AST. (Pudiendo apenas disimular su emocion.) ¡Qué disparate! Confundir con él... á un pobre padre que va buscando á su hijo!

LUIGI. (Mirando fijamente á Antonio.) No, pues lo que es vuestro compañero infunde sospechas.

ANT. ¡Yo?...

LUIGI. No tengais cuidado; si eso á mí nada me importa. Si se tratara del mismo Duque, ya seria diferente; porque... quinientos escudos tientan á cualquiera. Con quinientos escudos y los mil que vos me vais á dar por la crianza del niño... ni el mismo Dux de Venecia era más rico que yo!

AST. ¡Cuánto tarda vuestra esposa!

LUIGI. (Ap.) ¡Maldita mujer! (Alto.) ¿Quereis que echemos un trago mientras vuelve? Así se nos hará el tiempo más corto. (Levantándose y dirigiéndose á la puerta izquierda.) Voy á traer un par de botellas de lo añejo. (Váse.)

ESCENA VII.

ASTOLFO, ANTONIO.

- ANT. (En voz baja.) Ah! monseñor, á qué peligros os habeis expuesto!
- AST. ¡Qué quieres! me han engañado.
- ANT. Ahora lo que nos importa es entrar en territorio de Venecia.
- AST. ¿Si habrá llegado mi esposa con Paolo, nuestro primogénito, al lugar señalado?
- ANT. No creo que se haya atrevido sin recibir ántes yuestras órdenes, y ménos con un niño de nueve años.
- AST. Corre tú á evitarlo, si aún es tiempo. Yo entre tanto, subiré por la montaña, y en cuanto llegue la noche, que ya se acerca, recogeré mi hijo, y volveré á reunirme con vosotros. Silencio, que vuelve ese hombre.

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIGI.

- LUIGI. (Volviendo con dos botellas de vino y vasos que pone sobre la mesa.) Aquí están ya, y de lo rancio puro; no lo hay mejor en todo el contorno. Si lo permitís, os haré compañía.
- AST. Con mucho gusto.
- LUIGI. (Llenando los vasos y bebiendo.) Á la salud del niño del señor Astolfo. (Haciendo que se enternece.) ¡Pobre criaturita! ¡Cuándo pienso que se lo van á llevar... ¿Qué son mil escudos en comparacion de la pena que me va á costar el separarme de él? Si quereis, (Mudando de tono.) los podeis sacar y los iremos contando.
- AST. Vamos en un momento mi amigo y yo á concluir un negocio aquí cerca, y luego más tarde...
- LUIGI. Me es igual; yo lo decia por ahorraros ese trabajo despues de la emocion... Pero nada, lo que es por mí no hay prisa.

AST. Hasta despues, amigo mio.

LUIGI. Buen viaje, y que os salga bien el negocio. (Astolfo y Antonio váñse por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

LUIGI, sólo.

¡Qué golpe de fortuna! ¡Y decir que esta mañana hubiera dado mi alma al diablo por un escudo, y ahor a voy á tener mil como llovidos del cielo!... Pero Marta que no viene!... ¿Dónde demonios se habrá metido? Ha ido al convento; y las mujeres, cuando se ponen á conversacion con los frailes, no acaban nunca. (Mirando hácia el foro.) Pero calla: allí viene corriendo... y otras dos mujeres la siguen .. ¿Qué habrá pasado, y dónde diablos habrá dejado los chicos?

ESCENA X.

LUIGI y MARTA, apresurada, y seguida de dos mujeres del pueblo.

LUIGI. ¿Qué traes? ¿Qué te pasa?

MARTA. (Sin escucharle y entrando por la puerta derecha, por donde vuelve á salir desgarrando unos pedazos de lienzo.) ¡Una desgracia horrible! ¡Pobrecito mio! ¡Lo estaba temiendo desde esta mañana!

LUIGI. Pero se ha vuelto loca?

LAS DOS MUJERES. Pobrecito!

LUIGI. (Á Marta que sale.) ¿Acabarás de decirme lo que pasa?

MARTA. (Dando los trapos á las mujeres.) Tomad y llevadlos al instante! Yo... no puedo... las fuerzas me... faltan!... (Se apoya en el respaldo de una silla.)

LUIGI. Pero, demonio de mujer, acaba de decirme lo que te ha sucedido ó te rompo la cabeza.

MARTA. Que el niño... del señor Astolfo... ha sido arrojado por el otro, desde la esplanada del convento!...

LUIGI. ¡Más de cien pies!

- MARTA. Y está allí, con la cabeza abierta... y sin dar señales de vida!
- LUIGI. (Con furor.) ¡Desgraciada! (Fuera de sí.) Y qué responderemos ahora á su padre?... (Á Marta, cogiéndola del brazo.) Dí, qué responderemos? Pero... corre, á ver si aún puede salvarse!
- MARTA. Oh! ya lo veo, Luigi, tú eres bueno; tienes buen corazón...
- LUIGI. Pero corre!...
- MARTA. (Dirigiéndose al foro.) Pidamos á Dios que haga un milagro; pues, sin él, no me queda ninguna esperanza. (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

LUIGI. Empieza á oscurecer.

¡Muerto!... ¡Cuando su padre nos traía un tesoro! El infierno se desencadena contra mí en la forma de ese otro pícaro muchacho. (Francesco entra por el foro, recatándose y corre á ocultarse en la habitación de la izquierda.) Ahí está! Sí, corre, corre; que ahora no ha de haber quien te valga. ¡Hacerme perder mil escudos! Lo voy á agarrar por los pies, y lo voy á estrellar contra una roca. (Se dirige á la puerta de la izquierda y ántes de entrar se detiene.) Pero... qué voy á hacer? Reflexionemos. (Después de un momento de pausa.) El señor Astolfo... no conoce á su hijo, pues no lo ha vuelto á ver desde la cuna... Ese otro... tiene la misma edad... ¿Qué es lo que yo aventuro? Lo que me interesa es no perder el dinero. (Astolfo aparece en la puerta.) Aquí está ya el hombre. Haré que se vaya cuanto ántes, no vuelva Marta, y se descubra todo. (Se hace de noche.)

ESCENA XII.

LUIGI, ASTOLFO,

AST. (Entrando, ap.) Gracias á Dios, mi esposa no había pa-

sado la frontera, y ella y mi hijo mayor están en salvo. ¡Qué deseos tengo de llevar el otro á los brazos de su madre! (Baja al proscenio.)

LUIGI. Hola! ¿sois vos, señor Astolfo?

AST. ¿Ha vuelto vuestra esposa? ¡Han traído ya mi hijo?

LUIGI. El niño está ahí; (Señalando á la izquierda.) pero me he valido de un pretexto para alejar á Marta, á fin de evitarle el disgusto de una repentina separacion; porque á mí me hace mucho daño ver llorar á las mujeres!

AST. Habeis hecho bien; aunque por otra parte, siento no poder darle las gracias personalmente por sus cuidados.

LUIGI. Yo lo haré por vos.

AST. Pues bien, id por el niño y no perdamos tiempo. Podriais proporcionarme un caballo... pagándolo, se entiende.

LUIGI. Precisamente está el mio en la cuadra hasta con la silla puesta.

AST. Os daré por él cien escudos. ¿Quereis más?

LUIGI. Está bien pagado. Me dareis entónces mil y ciento.

AST. Estoy conforme. Tomad! (Dándole un bolsillo.)

LUIGI. Ahí encontrareis al niño.

AST. ¡Hijo de mi alma! qué felicidad!

LUIGI. Si hubieran descubierto á ese hombre honrado... serian capaces de robarle los mil y cien escudos que tan legítimamente me corresponden. (Se dirige á la puerta de la izquierda y llama.) Salid ya, caballero; la huida está libre, pero no perdais un instante.

AST. (Saliendo con el niño envuelto en su capa.) Gracias, amigo mio! Y el caballo?

LUIGI. Venid por él. (Dirigiéndose al foro derecha.) Y el chico parece que no llora.

AST. El pobre está dormido.

LUIGI. (Con fingido enternecimiento.) ¡Ángel de Dios!

AST. No os aflijais. ¿Quereis darle un beso?

LUIGI. Me falta valor... y ademas, puede despertarse. En-

trad, pues.

AST. Por si no nos volvemos á ver, que Dios os premie el amor que habeis consagrado á mi hijo. (Váase, foro derecha.)

LUIGI. (Desde la puerta y como esperando á verle salir.) Eso es; por la falda de la colina. Buen viaje. (Volviendo al proscenio.) Las bendiciones de ese hombre van á pesar sobre mi conciencia, porque verdaderamente son robadas. En cuanto al dinero... el dinero siempre se puede tener por bien adquirido. Y el pobre va tan contento! Más vale así. Y en último caso, acabo de hacer un bien; ó mejor dicho, dos bienes: él se hace la ilusion de que se lleva á su hijo, lo cual le sucede á otros muchos con ménos fundamento, y el muchacho, al fin, sea como fuere, ha mejorado de fortuna. Luego no tengo nada que echarme en cara. Pero aquí vuelve ya mi mujer.

ESCENA XV.

LUIGI, MARTA.

MARTA. (Llorosa y abatida.) ¡Luigi! Luigi! ya no hay esperanza; estaba muerto! (Se deja caer abatida en una silla.)

LUIGI. No seas tonta; ¿y por eso nos vamos á morir nosotros? Al fin y al cabo no era nuestro hijo. Consuélate y mira, mira cuánto dinero. (Abriendo y mostrándole el bolsillo.)

MARTA. ¡Oro! ¿De dónde te ha venido ese oro?

LUIGI. Bah! Del padre del chiquillo muerto.

MARTA. (Levantándose) ¿Qué dices? El señor Astolfo ha venido?

LUIGI. Ha venido á buscar al muchacho.

MARTA. Y has tenido que decirle...

LUIGI. Ni una palabra: le he devuelto su hijo, y se ha marchado tan contento.

MARTA. ¡Su hijo!

LUIGI. Ó el otro; para él es igual; como no lo conoce...

MARTA. Ah! Y en vez de su hijo, lleva al infame que se lo ha asesinado!

- LUIGI. Pues mira, lo acariciaba como si fuese el verdadero.
- MARTA. ¡Ah, desgraciado! Engañar así á un padre, es un crimen horrible!
- LUIGI. ¿Un crimen? (Contando el dinero.) Al contrario; he hecho dos buenas acciones; tres, con la que resulta para nosotros.
- MARTA. Lo que acabas de hacer es infame; y si no te castiga Dios en este mundo, ya verás en el otro.
- LUIGI. (Guardando el dinero.) Ni falta ni sobra. (Contestando á Marta.) Conque en el otro, eh? Si para allá me la guardas, dime dónde hay que ganar otro tanto.
- MARTA. (Cubriéndose el rostro con las manos.) Oh! ántes que la infamia, prefiero la muerte! (Cayendo de rodillas y elevando las manos al cielo.) Dios mio! Dios mio! ten misericordia! (Se oyen fuera dos tiros. Los bandidos con Filippo y Saviola aparecen en el foro. Marta, se levanta, da un grito y se aleja; Luigi sale al encuentro de sus compañeros.)

ESCENA XVI.

LUIGI, FILIPPO, SAVIOLA y bandidos.

- LUIGI. ¿Qué es eso?
- FILIPPO. Un caballero; y á esos torpes se les ha escapado! Ya ha traspuesto la colina!
- SAVIOLA. Luigi, tú nos engañas!
- LUIGI. ¡Rayo de Dios! No seais majaderos. Entrad y bebemos á la salud del fugitivo.
- SAVIOLA. ¡Era Gonzaga! ¡Era el antiguo duque de Mántua!
- LUIGI. De veras? Lo siento! Hubiera podido ganarme otros quinientos escudos. (Los bandidos entran, disponiéndose á celebrar una orgía, Luigi saca botellas y vasos. Cae pausadamente el telon.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Un salon del palacio ducal en Mántua.

ESCENA PRIMERA.

La DUQUESA y ESTELA, sentadas.

- DUQ. Tengo una inquietud que no me deja vivir, querida Estela. Hace diez y seis dias que no tenemos noticia alguna de mi hijo Paolo; y como es el príncipe heredero, y en la guerra hay tantos peligros...
- ESTELA. No os aflijais, señora. Ya sabeis que el dia en que mi padre el duque de Ferrera me trajo á vuestro lado, estábais con la misma inquietud; y al dia siguiente, cuando ménos lo esperábais, llegaron las noticias de la gran victoria que el príncipe, vuestro hijo, habia alcanzado sobre los húngaros, sin lo cual, vuestra aliada, la República de Venecia, hubiera sufrido una completa derrota.
- DUQ. Todo eso lo sé; pero en diez y seis dias mortales no haber llegado á Mántua un parte siquiera, me tiene con cuidado; tanto más, cuanto que han corrido rumores de traicion y de haberse pasado algunos jefes al enemigo.
- ESTELA. No creais nada de eso. Ya vereis cómo esta vez sucede

lo mismo que la primera. Dios, que tanto os ha probado y que tantas angustias os ha hecho sufrir hasta colocaros de nuevo en el trono de Mántua, no permitirá que suceda una desgracia al príncipe, que es el honor de vuestro nombre, y la mejor esperanza de la dinastía de los Gonzagas.

DUQ. Ay, Estela! Temo que Dios quiera castigarme en mi hijo, y esa idea es la que me espanta.

ESTELA. Castigaros! ¿Y por qué os habia de castigar? Vos sois el dechado de las princesas, el modelo de las esposas, el ejemplo de las buenas madres.

DUQ. De las buenas madres, no; y esa es precisamente la culpa, cuyo castigo estoy siempre temiendo.

ESTELA. No os puedo comprender.

DUQ. Una buena madre no ama con predileccion á ninguno de sus hijos; y yo, á mi pesar, siento hácia Paolo, el primogénito, un amor que hácia el otro no puedo sentir. Será que á aquel lo he criado yo misma; que no lo he separado nunca de mi lado; que ha sufrido conmigo y con su padre todas las privaciones, todas las amarguras de la persecucion de Bonnacossi; mientras que el otro, el pobre Francesco, pasó lejos de mí los seis primeros años de su vida; lo cierto es que, ni cuando el duque me lo presentó en Peschiera, experimenté á su vista ese involuntario arranque que una madre debe sentir al estrechar entre sus brazos al hijo de quien se ha visto privada por tanto tiempo. Hé aquí en qué se fundan mis temores; porque Dios suele castigar á las madres que son injustas como yo, hiriéndolas en el objeto predilecto de su cariño.

ESTELA. Creo, señora, que exagerais vuestra culpa: el menor de vuestros hijos, el príncipe Francesco, os debe los cuidados de una buena madre. Yo misma lo estoy viendo por mis ojos.

DUQ. Pero le debiera amar como amo á Paolo; y eso, á pesar mio, no lo puedo conseguir.

ESTELA. En el príncipe Paolo concurren muchas circunstancias

para que vos misma os hagais ilusiones. Un jóven, á su edad, cubierto de gloria...

DUQ. Es que... además de valiente y bueno, es muy hermoso mi hijo; es una figura arrogante. Creo que todas las princesas de Italia os envidiarán la suerte que os espera de darle vuestra mano, y de sentaros con él en el trono. Perdonad á una madre este rasgo de vanidad, excusable sólo al maternal cariño.

ESTELA. Señora...

DUQ. ¿No estais contenta con esa perspectiva de felicidad?

ESTELA. Aunque no conozco personalmente á vuestro hijo Paolo, sus virtudes y su valor son bien notorios.

DUQ. Pero á su hermano sí lo conoceis. ¿Qué idea teneis formada del príncipe Francesco?

ESTELA. Toda la córte admira su piedad, su corazon benéfico, y su carácter dulce y bondadoso. Esas son prendas que merecen la estimacion de todo el mundo.

DUQ. Y en las conversaciones particulares que teneis con él, ¿cómo os habla de su hermano?

ESTELA. Con una afeccion tierna y profunda, lamentándose de que su ausencia retarde la union que él desea, para tener el placer de llamarme su hermana.

DUQ. Perdonad mi curiosidad. ¿De dónde ha salido la idea, que Francesco ha manifestado al duque su padre, de que vos no pareceis muy dispuesta á ese matrimonio?

ESTELA. Dios mio! me habrá adivinado! Perdonad, señora...

DUQ. Habladme con franqueza, hija mia: la veracidad es la primera de las virtudes. Depositad en mí vuestra confianza. ¿Acaso vuestro corazon no está libre?

ESTELA. Señora, os hablaré con la misma lealtad, con la misma franqueza, con la misma confianza que si hablára con mi madre. Ha llegado el momento, y es fuerza que lo sepais todo.

DUQ. Os escucho.

ESTELA. (Con timidez.) Hace algunos meses que, hallándome en Venecia con lo duquesa de Este, mi tia, para asistir á las fiestas de la coronacion del nuevo Dux, paseábamos

una noche por el gran canal en nuestra góndola, cuando chocó con ella la de un gran señor, que con otros compañeros salía sin duda de una orgía, y nos insultó cobardemente. Mi tia y yo comenzamos á gritar pidiendo socorro; pero ya sea que los hombres de nuestro servicio fuesen ménos, ó que estuviesen de antemano ganados por él, es lo cierto que saltaron sobre nuestra góndola; sujetaron en ella á mi tia y á los hombres que nos acompañaban, y apoderándose de mí, me llevaron con ellos, y desembarcaron á poca distancia. Á mis voces acudió un caballero, patricio sin duda, que, ayudado de otros dos valientes, al parecer servidores suyos, acometió á los miserables raptos, poniéndolos en fuga, y me devolvió á los brazos de la Duquesa desconsolada. En aquellos breves momentos, mi gratitud, la noble gallardía de mi jóven libertador, nuestro destino tal vez, hizo que nuestras almas se comprendiesen... y se amasen. Pocas fueron nuestras palabras, pero bastaron para que nuestros ojos se hicieran tácita y mutuamente un juramento sagrado de eterna fidelidad, á que no puedo ni debo faltar, señora. Ya conocéis mi secreto: decidme ahora si merezco vuestro perdon.

Duq. Hija mia, os perdono ese sentimiento, muy natural en un alma noble y elevada; pero permitidme esperar que esa exaltacion fantástica tendrá un término, y que, disipada una vez por nuestro cariño, aceptareis y dareis á un tiempo la felicidad que aquí os está destinada.

ESTELA. Señora...

Duq. ¿Y no habeis vuelto á ver á ese libertador desconocido?

ESTELA. Jamás.

Duq. El duque llega. Nada temais por el secreto que acabais de revelarme.

ESCENA II.

DICHAS, GUIDO, ANTONIO.

GUIDO. (Con una carta en la mano: á la Duquesa,) Señora, os buscaba.

DUQ. ¿Hay acaso noticias de nuestro hijo?

GUIDO. Ninguna: nuestros emisarios no han vuelto; esta carta es del duque de Ferrara.

ESTELA. ¿De mi padre?

GUIDO. Sí, hija mía: aunque levemente, se halla enfermo: su estado reclama allí vuestra presencia y vuestros cuidados filiales. Ved la carta. (Se la entrega.) En ella me dice que tendría un gran placer en que se verificase en su córte vuestro matrimonio con mi hijo, tan pronto como éste regrese. Ireis, pues, á esperar allí al príncipe Paolo; y para conducirlos dignamente á Ferrara, os acompañarán algunas damas de mi esposa, y la escolta que sea suficiente.

DUQ. ¿Y cuándo se ha de partir?

GUIDO. Esta misma noche: la voluntad de su padre es muy explícita, y no debemos contrariarla.

DUQ. Venid, pues, Estela, que quiero que paseis á mi lado las últimas horas que habeis de permanecer entre nosotros. (Vánse las dos.)

ESCENA III.

GUIDO, ANTONIO, BEPPO.

GUIDO. (Viendo salir á la Duquesa.) ¡Pobre madre! Comprendo todas sus amarguras, á juzgar por las que estoy pasando yo mismo. Ese silencio es ya inexplicable. Ah! si yo fuese más jóven, iria sin detenerme un momento. Antonio, haz que avisen al punto al príncipe Francesco, que necesito hablarle.

ANT. Voy, monseñor... (Agita una campanilla y se presenta Beppo,

personaje contrahecho, y ridículo, de pies descomunales y cabeza monstruosa.)

BEPP0. No hay que llamar tan recio, que con esos campanillazos me duele luego la cabeza. Qué se ofrece?

ANT. Corre á avisar al príncipe, que su alteza el gran duque quiere hablarle.

BEPP0. Lo que es correr, será difícil. Ya sabes que no corro. Si tienes mucha prisa, el camino está abierto.

ANT. (Haciendo un gesto de amenaza.) Miserable reptil! ¿y te atreves delante de su alteza?...

BEPP0. (Señalando al Gran Duque, que le tiene vuelta la espalda.) No estoy delante, que estoy detrás. Pero no te incomodes conmigo, que te pones muy feo, y ya lo eres bastante con tu vejez y tus arrugas.

ANT. (Dirigiéndose hácia él.) Ah!

BEPP0. Voy á avisarle, viejo gruñon, voy á avisarle. (Váse y vuelve.)

ANT. (Ap.) Y esto se llama un bufon! ¡Que por un capricho se consientan tales insolencias en la córte!

BEPP0. (Volviendo y anunciando.) Aquí está ya el príncipe. Ó es adivino, ó alguna bruja, más lista que yo, me ha tomado la delantera.

ESCENA IV.

DICHOS, FRANCESCO, modestamente vestido; SPOLETT0 en traje de ermitaño.

FRANC. (Á Beppo al entrar.) Retírate. (Váse Beppo. Haciendo que no ve al Duque. Al monje.) Tomad, padre, tomad este bolsillo, para que en todos los conventos de vuestra órden recen por la salud del príncipe Paolo, mi muy querido hermano. (Spoletto toma el bolsillo, hace varias reverencias y váse.)

GUIDO. ¡Bien, hijo mio! Esa accion...

FRANC. (Fingiendo sorpresa.) ¡Ah! ¿estabais ahí? Esta accion... es la que corresponde á un hermano.

GUIDO. Tengo que hablarte de asuntos de grave interés.

FRANC. (Con fingida humildad) Á pesar de mi profundo dolor, padre mio, estoy dispuesto á escuchar vuestras órdenes,

por más que mi escaso talento no me incline á los negocios de Estado.

GUIDO. Creo, hijo mio, que hay en tí un exceso de modestia, y ese ya es un mérito á mis ojos.

FRANC. Señor, si hay algun mérito en mí, es sólo el de la obediencia á vuestros mandatos.

GUIDO. En ausencia de tu hermano, el príncipe heredero, á tí te corresponde la intervencion concedida á él en los negocios públicos. Es preciso que te traslades á Venecia á informarte de la suerte de tu hermano; porque si hubiera sucedido alguna desgracia...

FRANC. Ah! No quiera Dios sujetarme á tan terrible prueba; porque si perdiese á mi hermano...

GUIDO. No hablo de esa desgracia precisamente, ni quiero pensar siquiera en su posibilidad: hablo sólo de algun revés en la suerte de las armas. En cualquier caso, hijo mio, irás plenamente autorizado para firmar la paz en mi nombre, con condiciones honrosas para nosotros y nuestros aliados; y por consiguiente, para hacer regresar nuestro ejército, poniéndote á su cabeza, si por cualquier accidente Paolo no pudiese estar...

FRANC. Comprendo, señor.

GUIDO. Aún me resta otro encargo que darte.

FRANC. Decid.

GUIDO. Hallándose los estados del Duque de Ferrara casi en tu camino, acompañarás y custodiarás á la princesa Estela, hasta dejarla en poder de su padre.

FRANC. Ah!

GUIDO. Te disgusta acaso esa comision?

FRANC. De ningun modo, y aunque así fuese...

GUIDO. Me importa mucho que expliques tú mismo al Duque de Ferrara las causas fatales que han retardado un matrimonio, en que tenemos tanto interés, y la importancia legítima que doy á su alianza; porque unidos los dos, nuestra influencia en la península será irresistible y más que nunca poderosa. (Pausa.) No sé si me atreva á comunicarte todo mi pensamiento; porque en el caso

desgraciado de que tu hermano... faltára quisiera que tú fueses...

FRANC. Ah!... Señor! No quiera Dios que á tanta costa llegue yo nunca...

GUIDO. Modera tu dolor, hijo mio, que harto me consta la nobleza de tus sentimientos; por eso mismo deseo darte á conocer como príncipe digno de mi ilustre sangre. Vé pues á prepararte para la partida, y al despedirte, te daré mis últimas órdenes. Entre tanto, escribiré al Duque de Ferrara. Ven, Antonio. (Al despedirse, Francesco besa la mano á su padre con exageradas muestras de respeto, permaneciendo con la cabeza inclinada hasta que el Duque desaparece.)

ESCENA V.

FRANCESCO.

Al verso sólo, se levanta, y dice con gran satisfaccion, y tomando una actitud de satánico orgullo.

Oh! Al fin todo sale á medida de mi deseo! Los emisarios de mi padre, uno tras otro, han ido cayendo en las emboscadas que tenia dispuestas, así como los de mi hermano, que en su mayor parte han sido entregados á los enemigos. Sólo falta que el heredero de la corona que ambiciono haya alcanzado (con ironía) la muerte gloriosa de los héroes! Todo me hace creer que esto se haya tambien realizado. Mientras llega la nueva fatal á la córte, yo seré el encargado de acompañar á Estela á Ferrara; á Estela, á quien no puedo mirar sin que mi alma toda se conmueva de amor, no obstante ser la esposa destinada á mi hermano. Spoletto, mi fingido limosnero, ha desempeñado su papel, y me ha servido admirablemente; para la intriga, es un hombre que vale un mundo; cuando ocupe mi trono, le premiaré. Oh! qué esperanza! Muerto mi hermano, Estela será mia, porque al fin, su destino es ser esposa del gran duque

de Mántua. Si he sentido un odio implacable hácia mi hermano primogénito, mimado por la fortuna, considerado por mi padre, preferido siempre por la que nos dió el ser, no es culpa mia, sino de la suerte, que me hizo nacer en segundo lugar, cuando mi aliento y mi ambicion me llamaban á ocupar el primero! (Despues de una pausa reflexiva.) ¡Pero ese ensueño de mi niñez, que nunca me abandona! Se ha repetido ya tantas veces, que no puedo desecharlo de mi memoria! Paréceme que veo á mi hermano arrojado por mí al fondo de un precipicio, de donde extraen su cadáver sangriento! ¿Si será la voz de mi destino la que en esos ensueños me habla? Si es así, cúmplase enhorabuena. Ah! Por qué no digo mejor: ya se ha cumplido!

ESCENA VI.

DIGHO, BEPPO

BEPPO. Ah! monseñor! monseñor! ¡qué noticia! Acaba de llegar un correo...

FRANC. ¿De Venecia? ¿Qué nuevas trae?

BEPPO. Que el príncipe Paolo...

FRANC. Acaba... ¡pobre hermano mio! ¿Ha muerto?

BEPPO. Al contrario; es que vuelve ya á Mántua.

FRANC. (Dando un paso atrás.) ¡Que vuelve! ¿Que vuelve has dicho?

BEPPO. El cielo sin duda ha escuchado tus votos.

FRANC. Pero eso es imposible! Tú te engañas. Mi hermano aquí, sano y salvo!...

BEPPO. Y triunfante ademas de sus enemigos. Dicen que en la última batalla se le habia tendido un lazo, en el cual estuvo á punto de caer; pero su valor y su arrojo... en fin, el príncipe mismo te contará mejor que yo la ocurrencia.

FRANC. (Ap.) Ah! Mis cálculos todos por tierra! Luego es á mí á quien se ha hecho traicion! (Alto.) Llama en seguida á Spoletto.

BEPPO. ¿Á Spoletto?

- FRANC. Sí; el monje que hace poco estuvo hablando conmigo.
BEPP0. Ah! Tu limosnero? Como no me habias dicho su nombre... Voy al instante. (Se oyen fuera grandes aclamaciones y rumor de música guerrera que se va acercando.) ¿Oyes, monseñor? Esas voces, esa música, anuncian ya la llegada de tu querido hermano!
- FRANC. (Ap.) Sí... mi querido hermano! Las aclamaciones del triunfo, en lugar de un cortejo fúnebre! Cuando me disponia ya á llorarle!... (Con energía.) En fin, volveremos á empezar!

ESCENA VII.

FRANCESCO, GUIDO, la DUQUESA, PAOLO, ANTONIO, BEPPO, caballeros y señoras de la córte, guerreros, pueblo.

- TODOS. ¡Viva el príncipe Paolo! ¡Viva!
- DUQ. (Que trae á Paolo de la mano abrazándole.) Paolo! hijo mio!
- PAOLO. (Con efusion.) ¡Madre de mi alma!
- FRANC. (Arrojándose en los brazos de Paolo) Querido hermano mio! Me parece que sueño al abrazarte. El cielo al fin te devuelve á mi amor y mi ternura.
- PAOLO. Sí, hermano; tu emocion me prueba una vez más tu acendrado cariño. Al ver la muerte de cerca, sólo un a idea me consolaba: la de que en tí quedaba á nuestros padres un digno apoyo, y una esperanza legítima para su corona.
- DUQ. No hables así, hijo mio: si hubieramos tenido la desgracia de perderte, no hubiera yo tardado mucho tiempo en seguirte.
- FRANC. (Ap.) Parece que yo, siendo su hijo tambien, no valgo nada para ella.
- GUIDO. Antonio: que se prepare una recepcion espléndida á los valientes compañeros de armas que siguen al príncipe, y que no tardarán en llegar; que la córte toda se vista de gala, y que se celebre un gran festejo en la plaza pública; mi familia y yo saldremos en persona á recibirlos á las puertas mismas del palacio ducal.

TODOS. ¡Viva el príncipe Paolo! ¡Viva! (Vánse Antonio, Beppo y acompañamiento.)

ESCENA VIII.

GUIDO, la DUQUESA, PAOLO, FRANCESCO.

- GUIDO. (Á Paolo.) Permite, hijo mio, que despues de las primeras manifestaciones de nuestra alegría, te hable de un asunto, que nos interesa á todos, y á tí particularmente, del cuál te he hablado ya en algunas de mis cartas.
- PAOLO. Pero olvidais, señor, que ni cartas ni enviados vuestros han podido llegar hasta mí?
- GUIDO. Es verdad; y esa traicion, cuyo origen y foco no pueden ménos de estar en este palacio, será castigada por mí con todo el rigor de las leyes.
- PAOLO. Hablad, pues, señor.
- GUIDO. Durante tu ausencia, he concertado tu matrimonio con la princesa Estela, hija de nuestro aliado y amigo el gran duque de Ferrara, confiada hace dias á nuestra amistad y que se halla en nuestro palacio.
- PAOLO. (Ap.) Y cómo decirle en estos momentos?...
- GUIDO. Es una jóven bella y virtuosa. .
- PAOLO. Ya sabeis, padre mio, que no conozco á la jóven Duquesa.
- GUIDO. Estoy seguro de que te agradará la eleccion, al saber que merece toda la estimacion de tu madre. Con nosotros ha participado de las amarguras que hemos sufrido mientras tú has estado en la guerra.
- DUQ. Y si no ha salido tambien á recibirte, es porque, en su extremada prudencia, no ha juzgado conveniente interrumpir en estos primeros instantes las emociones de familia; y ademas los preparativos de su viaje...
- PAOLO. De su viaje?
- GUIDO. Sí; su padre se halla enfermo, y quiere tenerla á su lado. Sin embargo, si estás dispuesto á sostener y cumplir la palabra empeñada por mí al gran duque, te

trasladarás á Ferrara, donde se verificará vuestro matrimonio.

PAOLO. Aunque no pensaba por ahora en un asunto tan grave y serio, si mi padre y señor lo cree necesario, estoy dispuesto á obedecerle.

FRANC. (Ap.) ¡Qué frialdad!

GUIDO. (Sonriendo.) Cuando hayas visto á tu prometida, estoy seguro de que no tendré que recurrir á tu obediencia, para que sean cumplidos mis deseos. (Á la Duquesa.) Venid, señora, y veremos en qué estado se hallan los preparativos para la recepcion de nuestros valientes. (Vánse los dos.)

ESCENA IX.

PAOLO, FRANCESCO.

FRANC. (Ap.) De dónde nacerá su turbacion? (Alto.) Querido príncipe!

PAOLO. ¿Por qué me das ese nombre, pudiendo darme el de hermano, que es para mí mucho más dulce? Yo sabes cuán gratos son para mí los goces íntimos de familia?

FRANC. No lo sospechara al verte hace poco tan pensativo.

PAOLO. Lo has notado?

FRANC. Sí, mientras nuestro padre te hablaba de ese matrimonio.

PAOLO. Ah! si supieras...

FRANC. No intento penetrar en los secretos de tu corazon, á no ser que tú mismo...

PAOLO. ¿Puedo yo tener secretos para tí? Te lo diré todo: es que mi corazon no está libre.

FRANC. Será cierto! Ah! No puedes imaginar lo mucho que me interesa... (Reponiéndose.) todo cuanto puede contribuir á la dicha de mi hermano.

PAOLO. Me llamarás loco; me tendrás por un visionario, cuando te diga que mi corazon abraza una pasion inmensa, y que el objeto de esta pasion es una mujer, cuya condicion social casi me es desconocida; pero siento que

- sin ella no puede haber para mí felicidad en el mundo.
- FRANC. Lejos de echarte en cara esa pasion, hermano mio, me encontrarás dispuesto á ayudarte en tus investigaciones para encontrarla.
- PAOLO. Tú?..
- FRANC. No puedo darte mayor prueba de mi cariño.
- PAOLO. Pero ¿qué hemos de hacer, si nuestro padre tiene ya su palabra empeñada?
- FRANC. No resistir abiertamente, sino ganar tiempo, dando treguas al asunto. Ah! si mis cualidades personales me permitieran intentar... ¡Pero es un delirio! La comparacion sola... Por otra parte, mis inclinaciones modestas no me permitirán nunca aspirar...
- PAOLO. Creo comprenderte, hermano mio, y esa idea no puede ménos de ser una revelacion divina. Te hallarias dispuesto á sacrificarte por mí, casándote con ella?
- FRANC. En caso de necesidad, y por librar á mi hermano de un compromiso tan grave, me hallaría dispuesto á todo; pero no sé si el duque de Ferrara, si la córte toda me creería guiado por la ambicion.
- PAOLO. No; y en todo caso, yo sabré defenderte contra tan odiosas sospechas. Tú eres mi salvador; te deberé más que la vida! Dudas aún?
- FRANC. Dispon de mí como te plazca.
- PAOLO. (Abrazándole.) Gracias, hermano mio! ¿Cómo podré pagarte la prueba de fraternal amor que me das en este momento?

ESCENA X.

DICHOS, la DUQUESA.

- PAOLO. (Al verla.) Ah! Venid, madre mia. Tengo que haceros confiancias muy graves; quiero daros á conocer los secretos más íntimos de mi corazon; y que aprobeis el proyecto que mi hermano y yo acabamos de concertar. Mi hermano, señora, está dispuesto á darme la prueba mayor que se puede dar de cariño.

- DUQ. (Tendiendo la mano á Francesco, que la besa con gran respeto.) De veras? No sabeis cuánta es mi alegría.
- FRANC. Señora...
- PAOLO. Nunca más que ahora necesito del apoyo y de la ternura de una madre, á quien jamás he acudido en vano.
- DUQ. Y puedes contar con ella, hijo mio; pero ántes deja que te presente, como debo, á la jóven duquesa de Ferrara. (Dirigiéndose al foro, donde Estela aparece, y bajando con ella al proscenio.)

ESCENA XI.

DICHOS y ESTELA, con dos damas de honor, que permanecen en la puerta del foro á una distancia respetuosa.

- DUQ. Venid, hija mia.
- ESTELA. No sé qué temor...
- DUQ. (Presentándole á Paolo.) Hé aquí mi hijo Paolo, el heredero de las glorias y de las virtudes de su padre. (Á Paolo.) La duquesa de Ferrarà.
- PAOLO. (Saludando.) Señora...
- ESTELA. (Ap.) Dios mio! Esa voz...
- PAOLO. (Ap.) ¿Es un sueño?!.. (Alto.) No; es ella!
- DUQ. (Á Estela.) ¿Qué teneis?
- ESTELA. Ah! Señora... que no sé si dar crédito á mis ojos. Ese libertador de que os he hablado... Es él... es vuestro hijo!
- DUQ. ¿Es posible?
- PAOLO. Sí, madre mia! (Volviéndose á Francesco.) Querido hermano, tu sacrificio es ya inútil. Esto es providencial! La mujer á quien en silencio adoraba mi corazon es la duquesa de Ferrara!
- FRANC. (Ap.) Maldita suerte! (Alto.) Yo me felicito...
- DUQ. ¡Cuán dichosos sereis, hijos mios; porque ella tambien te amaba... (Movimiento de Estela.) No hay ya para qué ocultarlo: tú misma hace poco me lo has revelado, como el gran secreto de tu corazon.

PAOLO. No parece sino que Dios se complace hoy en satisfacer todos nuestros deseos!

ESCENA XII.

DICHOS, GUIDO, ANTONIO, señoras y caballeros, en traje de córte.

PAOLO. (Saliendo al encuentro de Guido.) Oh! padre mio: delante de vuestra alteza y de toda la córte de Mántua, suplico á la duquesa Estela de Ferrara que se digne concederme su mano.

DUQ. Y yo en su nombre respondo: que la concede con mucho gusto al príncipe Paolo, sucesor del gran duque de Mántua.

GUIDO. Me considero muy feliz, al ver estrechados por este nuevo vínculo los antiguos lazos de buena amistad que hace tiempo sostienen nuestras dinastías.

PAOLO. Y yo reclamo el honor de acompañar en persona á mi bella prometida, hasta la córte de su padre.

GUIDO. Es muy justo, ya que allí se han de celebrar vuestras bodas. (Á los cortesanos.) Que la fiesta de hoy sea un preludio de las que más tarde regocijarán á Mántua y á Ferrara. (Á Estela.) Venid, hija mia. ¡Qué grato me es pronunciar este nombre! (Le da una mano y otra á la Duquesa, y todos se dirigen hácia el foro.)

PAOLO. (Á Francesco.) Hermano, ven á tomar parte en mis alegrías.

FRANC. (Viendo aparecer á Spoletto en una de las puertas laterales.) Ya te sigo; pero allí está mi limosnero, y quiero darle mis instrucciones para que haga por mí algunas obras de caridad en accion de gracias por tan fausto suceso.

PAOLO. (Dándole la mano, y saludando al monje al pasar.) Que no tardes. (Váse con los demas.)

ESCENA XIII.

FRANCESCO, SPOLETTO.

FRANC. Oh! Cuánto he necesitado contenerme! ¡Qué cambio tan

repentino! ¡Cuando ya contaba con la mano de Estela... con la corona de Ferrara... todo desaparece ante mis ojos, como un sueño, como una ilusión de mi fantasía acalorada! ¿Y he de perder para siempre esa felicidad de que he estado tan cerca? No, y mil veces no! Hermano mio, tú me arrancas una corona... puede ser que te cueste la tuya! (Al monje.) Spoletto!

SPOL. (Acercándose y echando atrás la capucha.) Príncipe...

FRANC. Ven acá. ¿Qué me has dicho á tu vuelta de Venecia?

SPOL. Señor!..

FRANC. No me decias que Paolo estaba vendido á sus enemigos, que no podia dar un paso sin caer en una emboscada, y que no habia para él salvacion posible ni humano recurso?

SPOL. Así me lo hicieron creer.

FRANC. Y sin embargo, vuelve vencedor el que yo creia muerto! y vuelve para casarse con Estela; para arrancarme todas mis ilusiones, todas mis esperanzas! Spoletto, me has engañado como un miserable!

SPOL. Monseñor, todos hemos sido engañados: su valor heróico ha sabido triunfar de las asechanzas mejor dispuestas.

FRANC. En adelante sólo me fiaré de mí mismo! (Pausa.) Necesito seis hombres determinados... seis hombres capaces de emprenderlo todo. ¿Me has entendido?

SPOL. Sí, monseñor.

FRANC. Los conoces tú? Puedo contar con ellos?

SPOL. Conozco uno, que él sólo vale por seis; buscaré otros cuatro, y yo...

FRANC. Habeis de estar mañana, al oscurecer, en el bosquecillo que hay detrás de la Abadía de San Giácomo.

SPOL. Allí estaremos.

FRANC. Si te preguntan por cuenta de quién van á trabajar, les darás el nombre del duque Humberto, el hermano del duque de Ferrara, tio de Estela.

SPOL. Basta, monseñor.

FRANC. Ya sabes lo que te he prometido, y te cumpliré, cuando

me encuentre sin obstáculos. Ah! se me olvidaba: envíame á tu hermano el médico del convento.

SPOL. Vendrá; ya sabeis que, como yo, es un esclavo de vuestra alteza.

FRANC. *Álguien viene...* (Cambia de tono, y Spoletto vuelve á cubrirse con la capacha.) *Id con Dios, hermano, y que se cumpla la voluntad divina. (Váse Spoletto.)*

ESCENA XIV.

FRANCESCO, BEPPO.

FRANC. Qué traes, Beppo?

BEPPO. Que toda la córte está rebosando de alegría! ¡Pues y los novios! Corre y verás como tambien te diviertes. Sólo tú faltas allí para que sea completo el regocijo.

FRANC. Déjate de bufonadas y escúchame, voy á hablarte de un asunto muy sério.

BEPPO. Siendo así, tomemos la cosa por lo grave: habla, ya te escucho.

FRANC. Te acuerdas de un dia en que te rescaté de aquel pirata turco, que iba á hacerte morir á palos?

BEPPO. *(Rascándose la espalda.)* Me acuerdo. Esas cosas no se caen nunca de la memoria, y mucho ménos de... cuando se conservan señales.

FRANC. Qué me juraste entónces?

BEPPO. Obedecerte ciegamente en todo y por todo.

FRANC. Sin tratar de inquirir mis intenciones.

BEPPO. Como un perro.

FRANC. En tu clase de bufon te creen idiota, y' quiero que lo seas para todo el mundo.

BEPPO. Como hasta aquí.

FRANC. Pues bien, óyeme para que obedezcas puntualmente mi mandato.

BEPPO. Te escucho.

FRANC. Mañana por la mañana... que nadie entre en mi aposento... más que tú sólo.

BEPPO. Yo sólo.

- FRANC. Que esté yó, que no esté, no dejarás entrar á nadie, y dirás á todo el mundo que estoy indispuerto, y que tengo necesidad de reposo. Entiendes?
- BEPP0. Sí.
- FRANC. Que bajo ningun pretexto quiero que nadie entre á molestarme.
- BEPP0. Nadie.
- FRANC. El médico del convento vecino, á quien he enviado á llamar, es el que lo manda. ¿Estás enterado?
- BEPP0. Sí.
- FRANC. Pues bien; allá veremos como te portas. No quiero que nadie me vea.
- BEPP0. Excepto yo... ¿eh?
- FRANC. Es que... no estaré aquí.
- BEPP0. Entónces, tampoco hay miedo de que yo te vea.
- FRANC. Si ejecutas bien mis órdenes, te regalaré cien escudos de oro; si no, te volveré á entregar al látigo del pirata. (Ap.) Ahora vamos á hacer el papel de humilde súbdito. Mañana, hermano mio... veremos quién es el soberano! (Váse por el fondo.)
- BEPP0. (Viéndolo salir.) Prefiero los escudos. Conque es decir, que mañana por la mañana seré enfermero... sin enfermo. No me matará el trabajo. (Música, ruido y cañonazos fuera.) Entre tanto, vamos á tomar parte en la fiesta.

MUTACION Á LA VISTA.

Aparece la gran plaza del palacio ducal, adornada de trofeos y banderas. En el fondo un tabladillo, cubierto de ricos tapices y colgaduras brillantes, donde estarán sentados el Duque, la Duquesa, Estela y despues Francesco, quedando al ladó de esta un sillón vacío; en segunda fila, Antonio con las damas y caballeros de la córte. Una música marcial anuncia la llegada del ejército victorioso, que entrará precedido de heraldos de armas. (Donde pudiere ser, á caballo.) En seguida, entrarán los soldados del Gran Duque con banderas desplegadas, y al frente de ellos el Príncipe Paolo, á caballo. Varias jóvenes del pueblo le arroja

flores. El príncipe echa pié á tierra despues de saludar á sus padres, y sube al balcon, donde se sienta al lado de Estela. Retiran el caballo del príncipe; los soldados forman en dos frentes, y el pueblo empieza un BAILE, concluido el cuál, cae e telon entre vítores y aclamaciones.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una cabaña de pescadores. La puerta del fondo da á una de las orillas del Mincio; á la derecha, una escalerilla de tres ó cuatro peldaños, que da á un departamento destinado á dormitorio; en lugar conveniente, una mesa y varias sillas toscas.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, componiendo unas redes; PIETRO, que entra por el foro.

PIETRO. Dí, hermana, está ya la red compuesta?

MARTA. En un momento concluyo.

PIETRO. Pues despáchate, que el tiempo está muy hermoso, y nos promete una buena pesca para esta noche. Á la hora que es, no creo que venga ya nadie con ánimo de pasar el rio en nuestra barca; y en último caso, si viniere alguno, puede pasar en la otra, que está bien cerca.

MARTA. Siento que te vayas tan pronto; porque no quisiera quedarme sola.

PIETRO. Tienes miedo?

MARTA. Miedo... precisamente, no; porque desde que el duque Guido de Gonzaga ha vuelto á reinar en Mántua, hay más seguridad que otras veces; pero como una pasa

aquí una vida tan triste!... Y gracias á tí; que si no, al cabo de más de diez años que mi marido me dejó abandonada ..

PIETRO. Lástima que no echés de ménos á tu Luigi! El tal mozo era una alhaja que no tenia precio: jugador, borracho, holgazán, y... lo que por sabido se calla.

MARTA. Ay, hermano! ya sabes que despues de la muerte de aquel pobre niño, se habia enmendado mucho; seguia algunas veces mis consejos, y dejamos la hostería para comprar una casita de labor cerca de esta ribera, donde ya empezaba á tomar gusto al trabajo; pero nuestra mala suerte hizo que un desbordamiento del rio nos dejase otra vez arruinados, y entónces, el pobre se fué á otra parte á probar fortuna, y quién sabe lo que le habrá sucedido?

PIETRO. Todo ello no fué más que un castigo de Dios; porque los bienes mal adquiridos á nadie aprovechan; y como todo aquello se compró con el dinero del mercader Astolfo á quien engañó tan villanamente entregándole, en vez de su hijo, el pillastre que se lo acababa de asesinar...

MARTA. Es cierto; y lo hizo bien á pesar mio.

PIETRO. Ya lo sé. En cuanto á tu esposo, no tengas pena: habrá vuelto á su antiguo oficio de bandolero; y si ha muerto, como es probable, habrá sido en algun puesto elevado, sin tocar con los pies al suelo.. y suspendido por la garganta.

MARTA. No lo quiera Dios! (Afligida.) Al fin era...

PIETRO. Reza por él en buen hora; pero no le llores delante de mí, porque no lo puedo llevar en paciencia.

MARTA. Ya está la red.

PIETRO. (Recogiéndola.) Ea, pues adios, hasta mañana; y no hay que afligirse. Ya sabes que tu hermano no te abandonará mientras viva. (Váse Pietro por la puerta del foro; se le ve entrar en una barca y desaparece remando por la izquierda.)

ESCENA II.

MARTA, despues FRANCESCO.

MARTA. ¡Qué recuerdos, Dios mio! No puedo borrar de mi memoria la muerte de aquella pobre criatura! Luego... el engaño de Luigi á su padre... Creo que aquella accion es la que nos ha traído tantas desgracias. Quiera Dios que Francesco, que si vive, ya será un hombre, sea tan bueno para el que se cree su padre, como perverso, y cruel era cuando niño.

FRANC. (Presentándose en la puerta de la cabaña embozado y con un antifaz que le cubre la mayor parte del rostro.) Dios os guarde buena mujer!

MARTA. (Asustada.) Cielos! un hombre enmascarado!

FRANC. No os asusteis: mi seguridad personal me obliga á viajar de esta manera. ¿Quereis decirme cómo se llama este país?

MARTA. El Valle desierto.

FRANC. Le cuadra bien el nombre; no he encontrado un alma en el camino. Decid: ¿no habita en esta cabaña el barquero encargado del pasaje del Mincio?

MARTA. Sí, señor; pero no esperaba ya á nadie, y se ha ido á pescar.

FRANC. ¿Volverá pronto?

MARTA. No lo espero hasta por la mañana..

FRANC. Y no hay otra barca por aquí en que poder pasar el rio?

MARTA. Sí, señor: más arriba hay otra, detrás de esas rocas que se ven desde la puerta.

FRANC. Y es vuestra tambien?

MARTA. Sí, señor.

FRANC. Pues la tomo para mí por toda la noche, y os voy á pagar adelantado. (Sacando dinero de su escarcela y entregándolo á Marta.) Estais contenta?

MARTA. Cómo no, si me pagais mucho más de lo que vale? Pero...

- FRANC. No hay que hacerme preguntas. Traed un poco de vino para unos compañeros á quienes aguardo.
- MARTA. Os daré todo el que hay en casa, aunque no es mucho, y avisaré al barquero que esté prevenido. (Ap.) ¿Quién será este hombre? (Váse.)

ESCENA III.

FRANCESCO, despues SPOLETTÓ en traje militar.

- FRANC. Preciso es que se detengan aqui ántes de pasar el rio. Veremos si esta vez logra escapar de mis manos.
- SPOL. (Que entra recatándose y mirando á un lado y á otro.) Creo que es esta la cabaña del barquero...
- FRANC. (Quitándose la máscara.) Estoy solo, puedes hablar.
- SPOL. Monseñor, he seguido paso á paso vuestras instrucciones; y dejando á un lado la cogulla y disfrazado con este traje, me presenté á vuestro hermano, el príncipe Paolo, diciéndome enviado del duque de Ferrara para formar parte de la escolta de la Duquesa, como práctico en el camino. Á algunas millas de aquí le pedí permiso para adelantarme y venir á la orilla del Mincio á tener dispuesta una barca para el pasaje de su alteza y de su comitiva.
- FRANC. La barca la tengo ya á mi disposicion, y se la echará á fondo si es necesario. ¿Traes mucha delantera?
- SPOL. Media hora, segun mis cálculos.
- FRANC. ¿Y los hombres que me habias ofrecido?
- SPOL. Se hallan muy cerca de aquí, esperando mis órdenes; pero el jefe no se decide á obrar sin tener ántes con vos una entrevista.
- FRANC. Dile que venga. (Vuelve á ponerse la máscara, mientras sale Spoletto por el foro, y entra á los pocos momentos seguido de Luigi.) Me hace sospechar... Qué demonios tendrá que hablar conmigo ese hombre? En fin, ya lo veremos. Sea lo que quiera, estoy seguro de que es imposible que me conozca.

ESCENA IV.

DICHOS, LUIGI.

- SPOL. (Entrando con Luigi por el foro.) Por aquí, camarada.
- LUIGI. (Saludando á Francesco.) Buenas noches, excelencia.
- FRANC. (Á Luigi.) Buenas noches. (Á Spoletto.) Ten cuidado si viene álguien. (Spoletto va y viene al foro en actitud de espiar.) (Á Luigi.) ¿Te han dicho ya lo que se espera de tí y de tus compañeros?
- LUIGI. Creo que se trata de robar una jóven á la escolta que ha de conducirla á este sitio...
- FRANC. Y herir de muerte, ¿entiendes? de muerte, al jóven caballero que la acompaña.
- LUIGI. Comprendido: enamorado celoso, marido ultrajado ó libertador de la inocencia; ese es asunto vuestro, y en que yo no tengo que mezclarme; sólo que encuentre una pequeña dificultad, ó dos, mejor dicho.
- FRANC. Veamos.
- LUIGI. Segun lo que el amigo Spoletto me acaba de decir, la escolta se compone de ocho hombres, sin contar con el jóven señor, y nosotros no somos más que cinco; lo cuál viene á hacer próximamente uno contra dos.
- FRANC. Tienes miedo? Me habian dicho que tú sólo valias por seis.
- LUIGI. Eso es segun y conforme.
- FRANC. No te comprendo.
- LUIGI. Toma! Quiero decir que cuando la recompensa es proporcionada al peligro...
- FRANC. Ó en otros términos, que dándote seis veces la cantidad prometida...
- LUIGI. Tendria seis veces más resolucion; es una cosa bien clara.
- FRANC. (Sacando un bolsillo de su escarcela y entregándolo á Luigi.) Toma, pues.
- LUIGI. (Guardándolo é inclinándose con respeto.) Veo que vuestra excelencia comprende perfectamente los negocios.

FRANC. Estamos conformes?

LUIGI. Todavía no.

FRANC. ¿Qué más quieres?

LUIGI. Deseo conocer, no precisamente el nombre de la persona á quien quereis enviar al otro mundo, que eso no es cuenta mia, sino sólo el de quien me manda trabajar.

FRANC. Spoletto ha debido decírtelo.

LUIGI. Sí, pero eso no me basta.

SPOL. (Acercándose.) Cómo es eso? Desconfias de mí?

LUIGI. Lo has acertado. (Á Francesco.) Sí, señor: vuestra máscara en estos momentos no puede explicarse más que por dos razones.

FRANC. Cuáles son?

LUIGI. El temor de exponer el rostro á las picaduras de los mosquitos, que por aquí no faltan, ó el de ser conocido más tarde.

FRANC. Puedes elegir entre las dos, la que quieras.

LUIGI. Voy á ser franco: á mí se me paga para que sea prudente: ya lo he sido una vez en un negocio parecido, y me ha costado diez años de prision en Venecia, lejos del mundo y de mi pobre mujer, que quizás habrá muerto. En los diez años no pude decir esta boca es mia, porque no tomé bien mis precauciones. Si hubiese conocido al que me mandó trabajar, cuidado suyo hubiera sido el sacarine á salvo, para que no cantara en el tormento; pero como estaba seguro, no quiso tomarse esa molestia. Ahora bien: como el gato escaldado huye del agua fria, es preciso que yo os conozca; y por consiguiente, que os quiteis la máscara.

FRANC. Ahora nada tienes que temer; y pues es preciso hablar claro, te diré que obras por cuenta del príncipe Humberto, hermano del duque de Ferrara, que soy yo.

LUIGI. Y quién me asegura?...

FRANC. Mi palabra.

LUIGI. Perdonad: ¿y de vuestra palabra?

FRANC. El dinero que te acabo de dar, y el que te daré despues, si cumples como debes.

- LUIGI. (Ap.) Nos contentaremos por ahora, sin perjuicio de tomar mis precauciones. (Alto.) Estoy dispuesto.
- FRANC. (Señalando á Spoleto.) Este te explicará lo que has de hacer cuando llegue la escolta. Procura ocultarte bien con tus compañeros.
- LUIGI. Oh! en cuanto á eso no tengais cuidado; tengo un escondite, donde ni con huron... Yo valgo segun se me paga, y soy un hombre que trabajo siempre á conciencia. Me voy á mi escondite con los míos, y hasta que oiga la señal... Hasta más ver. (Saluda y váse.)
- FRANC. Tú, Spoleto, espera aquí la escolta, y calcula si es necesario dividirla. Yo voy á pasar con la barca al otro lado, para quitarles ese recurso; y cuando vuelva...
- SPOL. Ya estareis libre de enemigos.
- LUIGI. Os acompañaré hasta la barca, y luego esperaré la señal en mi escondite.
- FRANC. Mi caballo está rendido. ¿Tienes alguno dispuesto para mi pronto regreso á Mántua?
- SPOL. Ligerero como el relámpago. Podeis estar de vuelta en palacio ántes que amanezca el dia.
- FRANC. (Dándole la mano.) Adios, pues, y valor!
- SPOL. Descuidad, que vuestra fortuna está en buenas manos. (Vánse Francesco y Luigi.)

ESCENA V.

SPOLETO, despues MARTA, despues ANTONIO.

- SPOL. Si sale bien el golpe, quedará sujeto á mi voluntad, y yo seré el verdadero gran duque de Mántua.
- MARTA. (Entrando con botellas y vasos, que pone sobre la mesa.) Aquí está, señor... Calla! no está aquí...
- SPOL. Quién?
- MARTA. El hombre enmascarado... á no ser que fuerais vos... Pero no, ni esa voz, ni ese cuerpo...
- SPOL. Que sea yo, que sea otro, buena mujer, es igual, si me encargo de pagároslo.

- MARTA. Llegais tarde, porque ya me ha pagado el otro.
- SPOL. En hora buena. (Ruido fuera.) Pero ese ruido... voy á ver... (Se dirige al foro.) Oh! Aquí viene y la escolta! Y viene con ellos Antonio! El más fiel servidor del duque! Habrá salido más tarde de Mántua! ¿Qué querrá decir esto?
- ANT. (Entrando, seguido de algunos hombres de armas.) En efecto, aquí es.
- SPOL. Pues vos no veniais ántes en la escolta del príncipe.
- ANT. Le he alcanzado por órden de su padre con algunos hombres más de refuerzo.
- SPOL. Qué novedad?...
- ANT. Sabiendo que habian vuelto á aparecer en este país algunas partidas sospechosas, el Gran Duque ha tomado esta determinacion. Seis hombres se han quedado para acompañar á las damas de la Duquesa, que vienen en litera, y los príncipes han preferido venir á caballo con nosotros.
- SPOL. Segun eso la escolta se compone ahora?...
- ANT. De doce hombres bien armados.
- SPOL. (Ap.) De doce hombres!... No parece sino que el infierno!... La lucha es demasiado desigual!
- ANT. Aquí estan ya los príncipes. (Viéndolos aparecer en la puerta del foro y saliendo á su encuentro.)

ESCENA VI.

DICHOS, PAOLO, ESTELA y soldados hasta el número de seis.

- PAOLO. (Á Estela.) Cuán feliz soy, viéndoos á mi lado; pero temo que el fresco de la noche y la fatiga del viaje alteren vuestra salud, para mí tan preciosa.
- ESTELA. Nada temais; quiero ser para vos una digna compañera, (Sorriendo.) y así empiezo á participar de vuestros peligros.
- MARTA. (Que ha permanecido á una distancia respetuosa. Ap.) Estos sin duda serán los viajeros que el otro esperaba. (Diri-

giéndose á Estela.) Aunque poco puedo ofreceros, señora, si necesitais de mis servicios...

ESTELA. Gracias.

PAOLO. (Á Esposito.) ¿Teneis ya dispuesta la barca?

SPOL. He llegado tarde, monseñor: no habia más que una y han dispuesto ya de ella.

MARTA. Pues qué ¿no era para estos señores? ¡Cuánto lo siento! sobre todo por esta hermosa dama. Á haberlo sabido, no se la hubiera llevado el otro, el de la máscara, que me causó un miedo...

ANT. ¿Un hombre enmascarado... por aquí... á estas horas?

SPOL. Alguna aveniura galante.

ANT. Quisiera yo que sus altezas continuasen el camino sin detenerse. No hay otra barca?

MARTA. No hay ninguna más. La otra está algo lejos, y no es muy seguro el paso.

ANT. Pudieran traerla aquí?

SPOL. Á no ser que su alteza quisiera enviar algunos hombres...

PAOLO. Iré yo mismo, y veré si conviene mejor esperar hasta mañana.

ESTELA. Me permitireis que os acompañe?

PAOLO. De ningun modo, querida Estela; y pues que hay que volver á este sitio, os incomodariais inútilmente. Vale más que deseanseis un poco, mientras llegan vuestras damas. (Á Marta.) Teneis alguna habitacion en que pueda descansar esta señora?

MARTA. La mia (Señalando la de la escalera.), que aunque humilde y pobre, gracias á Dios, está limpia y aseada.

PAOLO. No puede haber peligro alguno, dejando aquí una parte de la escolta. (Á Antonio.) Elegidme algunos hombres que me acompañen.

ESTELA. (Á Paolo.) Que no tardeis mucho.

PAOLO. Vuestro amor me hará regresar muy pronto.

ESTELA. Hasta luego. (Váse con Marta.)

PAOLO. Hasta luego. Venid, Antonio; y vos (Á Spolitto.) no os separeis de aquí, ni dejéis de vigilar un instante. (Váse

con Antonio por el foro derecha. Al abrir la puerta se ve el Mincio iluminado por la luna.)

ESCENA VII.

SPOLETTO, cuatro hombres de la escolta del Duque.

SPOL. (Ap.) Ya está dividida la escolta... Es preciso aprovechar los momentos. Sin embargo... si los otros llegan... Sí, mejor será. (Á los soldados.) Camaradas, el buen soldado no desaira nunca un buen vaso de vino. Mientras vuelve el príncipe echemos un trago á su salud.

HOMB. 1.º Con mil amores.

(Mientras se disponen á beber, [Spoletto vierte en todos los vasos,] ménos en el suyo, algunas gotas de un licor que lleva en un pomito.)

SPOL. (Ap.) Esto es pronto y seguro! (Alto y echando de beber.) Compañeros: brindemos á la salud del príncipe Paolo, futuro duque de Mántua...

HOMB. 1.º Y de Ferrara.

TODOS. (Bebiendo.) Á la salud del príncipe.

HOMB. 1.º Tiene un saborcillo este vino...

LOS OTROS TRES. Es verdad.

SPOL. Á rancio. Se conoce que es hijo de buena madre. Estará muy lejos la barca?...

HOMB. 1.º Hay cerca de dos millas.

SPOL. Bebamos otra vez.

HOMB. 1.º No hay inconveniente. (Los cuatro empiezan á sentir y á manifestar los efectos del narcótico.)

SPOL. (Impaciente.) Tardará mucho en llegar el resto de la escolta?

HOMB. 1.º Ya lo creo; las literas andan tan despacio... (Uno de los hombres se duerme.)

SPOL. (Ap.) Ya cayó uno! (Alto.) Pues bebamos, ya que no hay que hacer otra cosa.

HOMB. 2.º Yo no quiero más vino. (Deja caer la cabeza sobre la mesa.)

SPOL. (Ap.) ¡Y van dos! (Alto.) Qué gente tan cobarde!

HOMB. 1.º Echad para mí, que yo no me rindo. (Bebe.)

HOMB. 3.º Yo sí. (Cayendo aletargado.)

SPOL. (Ap.) Tres! Ya sólo me queda uno, y caerá pronto.
(Alto.) ¿Otro vaso?

HOMB. 1.º (Tomándolo.) Hasta morir! Aunque siento ya que los
ojOS... (Deja, sin beber, el vaso sobre la mesa, y cae como sus
compañeros)

SPOL. (Levantándose y dirigiéndose al foro) Ahora, la señal! (Da un
silbido.)

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIGI y cuatro bandidos con puñal en mano.

LUIGI. (Á los bandidos.) Seguidme, compañeros, y no hay que
cejar! (Deteniéndose y preguntando á Spoletto.) Pero... ¿Dón-
de están nuestros enemigos?

SPOL. (Señalando á los cuatro que duermen.) ESOS SON.

LUIGI. Esos!... ¿Y en ese estado? .. ¡Bonito negocio! Piensas
que así voy á deshonorarme? Se me ha pagado quizás
para hacer esa valentía?

SPOL. Hombre muerto ..

BAND. 1.º Tiene razon. (Amenazando.)

LUIGI. (Deteniéndole.) Quita allá, miserable! ¡Quién derrama
sangre inútilmente!

SPOL. Á lo ménos, será preciso desarmarlos.

LUIGI. (Encogiéndose de hombros.) Eso es otra cosa. (Los bandidos
desarman á los soldados y arrojan las armas al rio.)

BAND. 1.º (Volviendo.) ¡Alerta, camaradas! Por la orilla del rio
viene gente hácia acá; he visto una luz que se acerca.

SPOL. (Dirigiéndose al foro, y hablando con Luigi, á quien hace señas
de herir.) ¡Tan pronto! Será el señor á quien es preci-
so?... (Desde la puerta.) Aquí están ya!

LUIGI. ¿Viene con su escolta?

SPOL. Con un hombre sólo.

LUIGI. Vamos á él!

SPOL. (Deteniéndole.) Mejor será cuando entre.

LUIGI. Ocultémonos entónces.

BAND. 1.º (Señalando á los cuatro narcotizados.) Pero esos?...

SPOL. Esos no despestarán hasta mañana. (Se ocultan, puerta izquierda.)

SPOL. (Ocultándose en un ángulo del foro.) Ya está aquí!

ESCENA IX.

DICHOS, PAOLO y un soldado con antorcha encendida.

PAOLO. (Entrando.) Parece que aún no han llegado las damas.

SPOL. (Dirigiéndose á Paolo, despues de cerrar la puerta del foro.) Está ya el barco dispuesto?

PAOLO. Llegará muy pronto: Antonio ha quedado encargado... Pero ¿qué veo? se ha dormido nuestra gente? ¡Buena manera de vigilar! (Acercándose á ellos y tocándoles en el hombro.) Vamos arriba! arriba, os digo!

SPOL. ¡Arriba, camaradas! (Salen los bandidos; tres de ellos, con Luigi, se arrojan sobre Paolo, mientras que Spoleto y el otro acometen al de la luz y se la apagan.)

PAOLO. Traicion! traicion! Á mí, mis valientes! (Hierne á uno de los bandidos.)

BAND. 2.º Ira de Dios! Me ha herido!

BAND. 1.º (Hiriendo á Paolo en el pecho.) Toma! No herirás á otro!

PAOLO. Ah! me han muerto! (Cae, y al mismo tiempo cae tambien, cerca de la puerta del foro, el soldado que le acompañaba, herido por Spoleto.)

SPOL. (Volviendo á Luigi.) ¿Habeis concluido?

LUIGI. (Señalando á Paolo.) Mirale.

SPOL. Le has dado tú?

LUIGI. No, que ha sido ese; pero es igual.

SPOL. Arrojad esos cadáveres al río. (Luigi y el bandido primero arrojan á Paolo y al soldado á las aguas del Mincio. Entre tanto se oyen en la habitacion de Marta gritos de ésta y de Estela pidiendo sosorro.)

SPOL. (Á los bandidos que están con él en la escena.) Ahora, á la jó-

ven! (Se dirigen á la habitacion de Marta, y uno de los bandidos sale con Estela en los brazos, por el foro. Marta sale detrás gritando.)

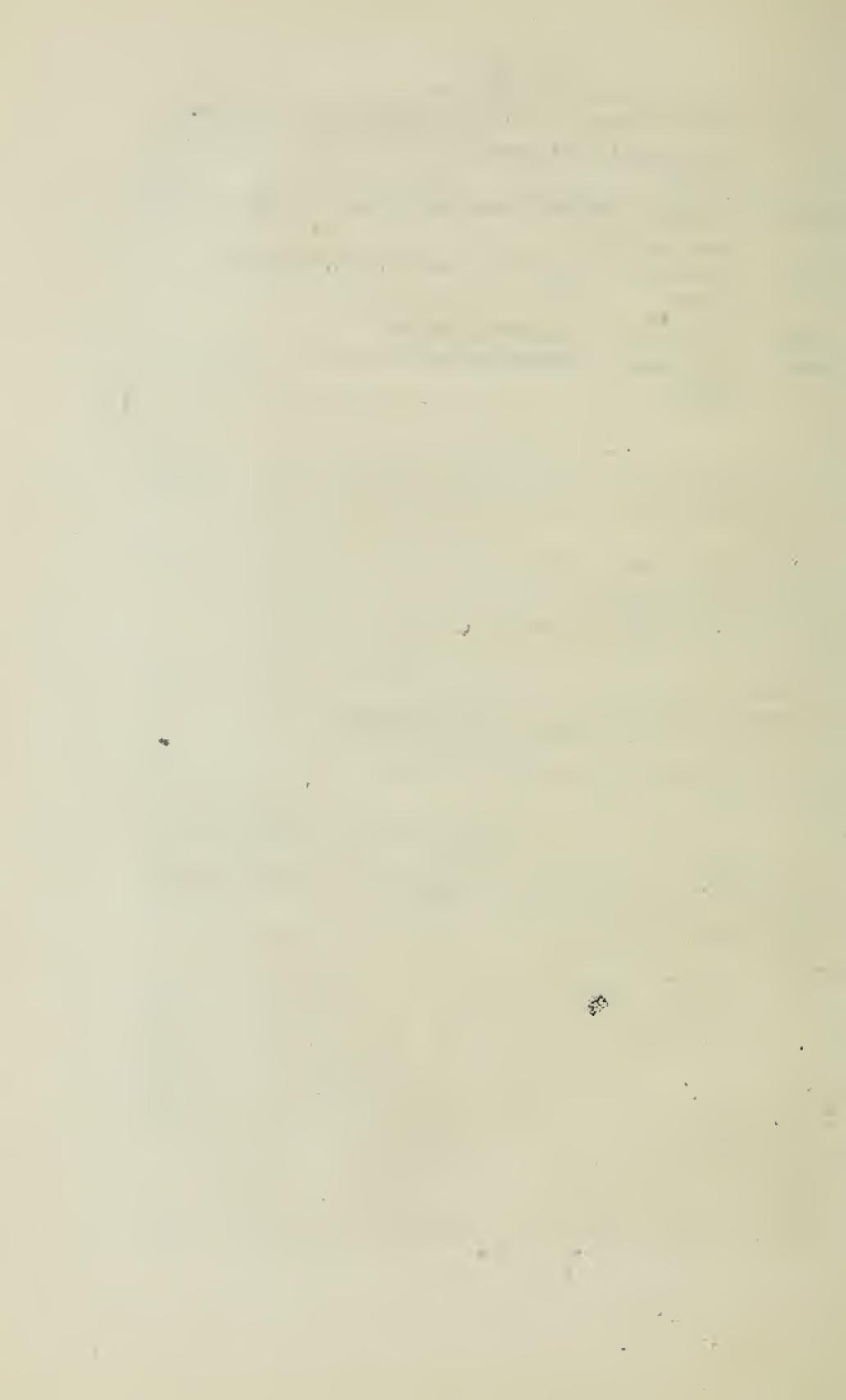
MARTA. Asesinos! Socorro! (Estela quiere gritar, y le tapan la boca con un pañuelo.)

SPOL. (Amenazando á Marta con el puñal.) Calla! desgraciada, ó te mato!

MARTA. (Cayendo de rodillas.) Jesus! Dios mio!

SPOL. (Á los bandidos) Seguidme! (Se dirigen todos al foro y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de familia en el palacio de los duques de Mántua.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen el Duque y la Duquesa sentados y dando muestras del mayor abatimiento; cerca de ellos Antonio, de pié, y á alguna distancia hácia el foro, varias personas de ambos sexos pertenecientes á la servidumbre, todos con el dolor y la compasion pintados en el semblante.

DUQ. (Sollozando.) Hijo mio! pobre hijo mio!

GUIDO. Dios de bondad: resignacion!... un poco de resignacion, siquiera para sobrellevar esta horrible desgracia!

ANT. Pero, monseñor...

GUIDO. Ya ves el estado de su pobre madre. Al saber la fatal noticia, se conmovió tan profundamente, que el exceso del dolor ni aun siquiera le permite llorar.

ANT. Yo hubiera querido, á costa de mi vida, que sus altezas ignorasen el desgraciado acontecimiento; pero al fin lo habian de saber tarde ó temprano, y he preferido, como testigo ocular, dar por mí mismo la noticia.

DUQ. Hijo de mi alma!

GUIDO. Y no poder saber!...

ANT. Uno de aquellos miserables fué encontrado moribundo

junto á la cabaña, y de sus mismos labios escuché los detalles del asesinato de vuestro hijo, y del rapto de la duquesa de Ferrara.

GUIDO. ¿Y no reveló el autor ó autores de tan execrable crimen?

ANT. No los conocia, monseñor; sólo sabia que les habian pagado para que cometiesen tan vil accion, sin revelarles nada respecto á la persona que habia dado el impulso.

GUIDO. Que se publique al momento un bando ofreciendo una recompensa de quinientos escudos de oro al que presente ó descubra alguno de los asesinos del príncipe. ¿Sabe ya Francesco la desgracia de su hermano?

ANT. Sí, monseñor; por cierto que se hallaba desde ayer algo enfermo, y la noticia le ha producido un efecto tan terrible, que se ha levantado del lecho lanzando gritos de desesperacion y de venganza.

GUIDO. Tiene razon.

ANT. Temo que el arrebató pueda producirle... Pero... aquí está.

ESCENA II.

DICHOS, FRANCESCO, con el traje y el cabello en desórden y dando muestras de desesperacion.

FRANC. (Apresurado, por la puerta izquierda.) ¡Justicia, señor! Justicia! Si no es un sueño que se ha apoderado de mí, en medio de la calentura; si es cierta la muerte de mi pobre hermano, que me nombren sus asesinos para tomar yo mismo la vengauza!

GUIDO. Modera tu dolor, hijo mio, porque con él agravas el de tu madre.

FRANC. Ah! señor, es tal mi cólera que temo perder el juicio! (Apostrofándole.) ¡Y eres tú, Antonio, el servidor fiel de mi hermano! Y te atreves á traer la noticia de su muerte, sin traer al mismo tiempo la de haber tomado una horrible venganza! ¿Y cómo es que no lo habeis defendido?

¿En dónde estábais? ¿Qué haciais todos, mientras lo asesinaban?

ANT. El príncipe quiso adelantarse...

FRANC. ¡Adelantarse!... Debiáis haberle seguido; protegerle aun contra su misma voluntad; pero acaso os faltaria valor...

ANT. Príncipe!... sólo el respeto...

GUIDO (Interrumpiéndole.) No te ofendas por sus palabras. Veo, Francesco, que el dolor te extravia.

FRANC. Perdon, padre mio; pero, al pensar en nuestra desgracia, y en que ese crimen horrendo puede quedar impune, mi sangre toda... Señor: permitidme salir á buscar por mí mismo á los asesinos de mi hermano!

GUIDO. No, Francesco: no te separes de nosotros; tú eres ya nuestra única esperanza, y tu pobre madre necesita más que nunca de tus consuelos?

FRANC. (Dirigiénlose á la Duquesa.) Madre mia, yo estoy aquí para enjugar vuestras lágrimas. (Queriendo tomarle una mano, que la Duquesa retira para llevarla á sus ojos.)

DUQ. Paolo! hijo mio!...

FRANC. (Retirándose y con mal reprimido enojo. Ap.) ¡Hasta despues de muerto!

GUIDO. (Á Francesco.) Ven, hijo, ven; un dolor tan inmenso, tantas angustias pasadas en tan breves instantes, han quebrantado la fortaleza de mi espíritu. La soberanía me impone deberes demasiado penosos, que necesito me ayudes á cumplir. (Á la Duquesa.) Pobre madre! Te dejo por un momento para volver pronto á tu lado á llorar contigo nuestra desgracia. Tu brazo, Francesco. (Se apoya en él y salen seguidos de los cortesanos. La Duquesa hace á las damas señal de que se retiren y á Antonio le indica que se quede.)

ESCENA III.

La DUQUESA, ANTONIO, despues un PAJE, luego MARTA.

DUQ. Perdona, Antonio, la injusticia del príncipe. Te cono-

ce mos demasiado para culparte de cobardía. Sé lo que amabas á mi hijo, y comprendo tu dolor por no haber podido salvarle.

ANT. Gracias, señora. (Pausa.)

DUQ. Por doloroso que sea para mi corazon, quisiera escuchar de tus labios hasta los menores detalles. Hijo mio! ¿Por qué el golpe que hirió tu corazon no ha herido tambien el de tu madre desventurada!

PAJE. (Desde la puerta.) Señora, una mujer del pueblo solicita hablar á vuestra alteza en persona.

ANT. Ahora es imposible.

PAJE. Dice que trae unas joyas que ha perdido anoche la jóven duquesa de Ferrara.

DUQ. Estela! Anoche... Que entre, que entre esa mujer al instante.

PAJE. (Introduciendo á Marta.) Ahí teneis á su alteza.

MART. Señora...

DUQ. Acercaos.

MARTA. (Ap.) Yo conozco á esta mujer.

ANT. (Ap.) Si no me engaño... (Alto á Marta.) No sois vos la que estaba anoche en la cabaña?...

MARTA. Sí, señor.

DUQ. Conque ella vió tambien á mi hijo...

MARTA. Sí, señora; y ojalá nunca le viera!

DUQ. ¿Traeis alguna revelacion que hacer?

MARTA. Ninguna: solo vengo á depositar en vuestras manos estas joyas (Presentándolas.) que la jóven duquesa de Ferrara dejó en mi aposento, cuando la sacaron de allí los bandidos, despues de asesinar al príncipe.

DUQ. (Besando las joyas y prorumpiendo por último en un copioso llanto.) Ah! quién me habia de decir ayer... cuando yo misma la adornaba con ellas... que tan pronto... Pobre Estela! pobre Paolo! ¡cuán poco os duró la felicidad! Oh! gracias, Dios mio! el llanto acude á mis ojos. Lágrimas del corazon, corred sin cesar por la memoria de mi hijo! (Pausa.) Perdonad, buena mujer: el dolor nos hace tambien egoistas, y ni aún siquiera os he dado las gra-

cias por la noble accion que acabais de ejecutar.

MARTA. (Llorando.) Ay, señora! el haber llorado con vos es para mí sobrada recompensa.

ANT. Aquí llega el Duque.

DUQ. (Á Marta.) No os vayais; mi esposo querrá veros y daros las gracias, como yo, por vuestra accion digna y generosa.

ESCENA IV.

DICHOS, GUIDO.

GUIDO. Qué es lo que me acaban de decir? Es esta la mujer que se hallaba anoche en el mismo lugar donde se cometió el crimen?

DUQ. Sí, ha venido á traerme estas joyas dejadas allí por nuestra querida Estela.

GUIDO. (Á Marta.) Dios os lo premie. Á pesar de la afliccion que nos rodea, necesito hacerle algunas preguntas. Quién sabe si podrá darnos algun indicio... (Á Marta) Decid: quién sois?

MARTA. Una pobre viuda, retirada en aquella cabaña, que pertenece á mi hermano, antiguo marinero, que hoy ejerce el oficio de pescador en el Mincio.

GUID. Vuestro nombre?

MARTA. Marta.

GUIDO. Marta! (Examinándola con detencion.) Esas facciones... No quisiera engañarme... Hace mucho tiempo que vivis en esa cabaña?

MARTA. Mas de diez años, monseñor.

GUIDO. Y ántes de ese tiempo, habeis vivido alguna vez en Peshiera?

MARTA. Sí, monseñor.

GUIDO. En una hostería, junto á las fronteras del ducado?

MARTA. Sí, monseñor.

GUIDO. Vuestro marido se llamaba Luigi?

MARTA. Tambien lo sabeis!

DUQ. ¡Qué escucho!

- GUIDO. Entónces sois vos la mujer á quien hace veinte y tres años fué confiado un niño ..
- MARTA. Sí, sí!
- GUIDO. Que á los seis años fué su padre á recoger...
- MARTA. Sí, su padre, que se llamaba Astolfo...
- GUIDO. ¡Astolfo! Miradme bien: ¿no me conoceis?
- MARTA. Vos! cielos! bajo aquel nombre... el Duque de Mántua! .. Ah! (Se cubre el rostro con las manos.)
- DUQ. Ah! No creais que os hemos tenido olvidada; pero habiais desaparecido; y á pesar de nuestras investigaciones... (Viendo la turbacion de Marta.) Pero ¿qué teneis?
- MARTA. (Conteniéndose.) Nada, señora, nada; ó mejor dicho, la emocion tan natural... Con que aquel niño... qué yo... no, yo no... será un príncipe... el heredero quizás de este ducado...
- DUQ. Por la desgracia que ya sabeis.
- MARTA. Lo comprendo: el pobre príncipe asesinado anoche...
- GUIDO. Era su hermano mayor... el que nos queda es Francesco, el que se crió á vuestro lado y á quien ahora vais á ver.
- MARTA. (Ap.) No, no... el remordimiento me haria hablar... Verle colocado á esa altura por una mentira infame, á él, que...

ESCENA V.

DICHOS, FRANCESCO.

- FRANC. Padre mio, se acaba de publicar el bando, poniendo á precio la cabeza de los asesinos, y espero que muy pronto...
- GUIDO. (Á Francesco.) Ven acá: mira con atencion á esta mujer. (Señalando á Marta.)
- FRANC. (Dando un paso atrás.) (Ap.) La de la cabaña!
- MARTA. (Ap.) Este... es aquel niño!...
- FRANC. (Ap.) Me habrá conocido?
- GUIDO. (Á Francesco.) Mírala bien, hijo mio: esta honrada mujer fué la que cuidó de tu infancia, mientras duró nuestra

proscripcion: es Marta, de la que tanto nos has oído hablar, y de la que sin duda conservarás algún recuerdo.

FRANC. (Examinándola.) En efecto: aunque muy vago, conservo alguno. (Transicion.) Conque esta buena Marta fué mi segunda madre... (Da un paso hácia ella, y ella retrocede. Ap.) Huye de mí! (Alto.) Que no os aleje un exagerado respeto.

GUIDO. La pobre se halla aún muy conmovida; tuvo la desgracia de presenciar el doble atentado de anoche.

FRANG. Ah! Ella os ha dicho?...

GUIDO. Quizás sus revelaciones nos podrán dar alguna luz sobre los culpables.

FRANC. (Temblando á su pesar.) Creis que?...

GUIDO. (Á Francesco.) Creo que nuestra presencia le impide tener contigo toda la expansion de una madre. Pregúntale tú á solas, y puede que descubramos... (Á la Duquesa.) Venid, esposa mia; en vuestro estado no debeis escuchar los tristes detalles de ese interrogatorio.

DUQ. (Á Marta.) No salgais de palacio, sin volver á verme.. (Váse apoyada en el brazo del Duque y seguida de Antonio.)

ESCENA VI.

FRANCESCO, MARTA.

FRANC. (Ap.) ¡Si sabrá algo! Si tendrá sospechas...

MARTA. (Ap.) Es posible que sea él!

FRANC. (Ap.) Con qué atencion me miral (Alto, y acercándose á ella.) ¿De qué procede, querida Marta, ese temor que parece inspiraros mi presencia?

MARTA. En vano busco en vuestras facciones las de aquel niño... y me sorprenden la dulzura y la afabilidad que en ellas encuentro.

FRANC. (Con acento cariñoso.) Son las mismas de vuestro hijo. ¿Pensais que no conservo hácia vos un recuerdo de gratitud? Al contrario; ya sé los cuidados afectuosos, el cariño verdaderamente maternal que os merecí en mi infancia. Pero... por qué apartais los ojos de mí de esa.

manera?

MARTA. Es que... á mi pesar... al volveros á ver, acude á mi memoria una imágen siniestra.

FRANC. ¿Siniestra?

MARTA. Sí, Francesco; aquel asesinato...

FRANC. (Torbado.) Qué decís!

MARTA. El asesinato de vuestro hermano...

FRANC. (Fuera de sí.) Desgraciada! sabes acaso?... te atreverías á suponer?...

MARTA. ¡Ay! No supongo más que lo que vieron mis ojos!

FRANC. Tú me has visto? tú?... y te atreves?... cuándo?... cómo?...

MARTA. Cuando erais niño.

FRANC. Cuando era niño! (Ap.) Qué quiere decir?...

MARTA. Ignorando sin duda lo que haciais, pero llevado de un instinto fatal, arrojasteis aquel pobre niño de una altura inmensa. Yo recogí su cadáver ensangrentado...

FRANC. (Ap.) Luego no era un sueño!...

MARTA. Hace diez y siete años, y no se ha podido borrar de mi memoria. No extrañéis que no os haya abierto los brazos.

FRANC. (Ap.) Poco ha faltado para que me descubriese yo mismo! (Alto y volviendo á tomar su acento de dulzura.) Ay, Marta! He sido desgraciado desde que nací, y por todas partes el dolor me persigue. Quizás es la expiación de aquella culpa. Ah! por qué la dicha de volveros á ver, ha de venir acompañada de tan amargo recuerdo!

MARTA. (Ap.) Pobre!

FRANC. Compadecedme, y no me negueis vuestro cariño.

MARTA. (Conmo vida.) Dios de bondad! Habrá escuchado el Señor mis oraciones; le habrá tocado en el corazón! Parece que ya es bueno, humano, digno quizás de esta noble familia. Quién sabe si el crimen de mi marido no será tan grande como yo me lo habia imaginado!

FRANC. Un crimen! ¿De qué crimen quereis hablar?

MARTA. (Conteniéndose.) No, no.

FRANC. Parece que quereis ocultar un misterio. Madre mia,

permitidme daros este nombre; si supierais cuán penoso me es vivir en la alta posicion en que me ha colocado la suerte! Aquí la ambicion y el orgullo son los peores consejeros; pero hasta ahora, Dios ha querido libramme de su contagio. No he nacido yo, para respirar esta atmósfera emponzoñada. Una vida pura y modesta, cerca de vos, madre mia, me hubiera hécho mucho más dichoso.

MARTA. Es posible! Francesco! Conque. . si hubieras nacido en una clase humilde, oscura...

FRANC. Bendiciria mi suerte.

MARTA. (Con expansion.) Ay! qué peso tan grande voy á quitar de mi corazon, hijo mio! Voy á revelarte un gran secreto. No quiero ser por más tiempo responsable de una horrible mentira. Quizás esta revelacion la tome Dios en cuenta, y sea un sufragio por el alma del infeliz que cometió el delito.

FRANC. Acabad, que estoy impaciente.

MARTA. (Despues de mirar á todos lados y hablando en voz baja.) Pues bien, Francesco, deja de llorar al príncipe Paolo, como un hermano, porque en realidad no lo eres.

FRANC. Que no lo soy?

MARTA. No; su hermano era aquel desgraciado niño, á quien tú malaste.

FRANC. Qué dice esta mujer!

MARTA. Reclamado por su padre, en el momonto en que acababa de morir, mi marido te entregó á él en cambio...

FRANC. Pero!... pero esta mujer está loca, ó yo no comprendo sus palabras! ¡Conque es decir... que yo... no soy hijo del duque?

MARTA. No lo eres.

FRANC. Pues de quién soy yo hijo?

MARTA. De un bandido y de una mendiga, que murió cerca de mi casa.

FRANC. (Fuera de sí.) Eso es imposible! mientes!

MARTA. Yo?

FRANC. (Frenético.) Y quién eres tú, para atreverte á decirme to-

do eso? Te conozco yo acaso? Miserable! Para venir á mi propio palacio con tan ruin impostura, fuerza es que aprecies en muy poco la vida, ó que te hayas vuelto loca!

MARTA. Dios mio! su mirada me espanta! Por qué habré yo venido aquí? (Va á salir y Francesco la detiene por el brazo.)

FRANC. No saldrás, embustera!

MARTA. Francesco!... Esas facciones demudadas!... Esa mirada torva!... Ah!... es el niño que vuelve á aparecer en el hombre!

FRANC. Silencio! (Amenazándola.)

MARTA. (Espantada.) Quieres matarme?

FRANC. (Como si volviera en sí y variando completamente de tono.) Yo?... ¿pues acaso yo?... Si no sé lo que digo... ni lo que hago... ni... Parece que un vértigo se apodera de mí... y me priva completamente de la razon. ¿Qué extraño es que todo eso me suceda! Esta mañana la noticia de la muerte del príncipe, á quien amaba como á un hermano... Ahora, vuestra revelacion, que rompe tan bruscamente todos los vínculos que me ligaban á la tierra. ¿Y sois vos, Marta, mi segunda madre... mi madre verdadera, la persona de quien el cielo se vale, para imponerme el castigo más duro que se puede imponer á un hombre? Os perdono; pero dejadme á lo ménos el tiempo suficiente para tomar una determinacion que ha de ser irrevocable.

MARTA. Quizás he hecho mal en descubriros un secreto que á nadie me he atrevido á revelar hasta ahora, aunque lo guardo en mi corazon hace diez y siete años.

FRANC. (Acercándose.) Segun eso, madre mia, ese secreto no era conocido más que de vos?...

MARTA. Y de mi marido, que ya no existe.

FRANC. De modo que ahora nos pertenece á los dos exclusivamente?

MARTA. Es cierto.

FRANC. (Ap) ¡Ah! Uno de los dos está de sobra!

MARTA. Ahora que ya lo sabeis todo, mi conciencia queda tran-

quila, y á vos os toca consultar la vuestra.

FRANC. Si no se tratára más que de mí, ahora mismo... pero hay una pobre madre que acaba de perder su hijo verdadero, y ha concentrado en mí todas sus afecciones; hay un padre, que como príncipe, ve en mí la única esperanza de su corona. Necesito algun tiempo para preparar á los dos á recibir un golpe tan terrible... ¿Me prometéis, como buena madre, guardar el secreto hasta entónces?

MARTA. Sí.

FRANC. Lo juráis?

MARTA. Por la salvacion de mi alma.

GUIDO. (Temblando al ver entrar á Guido.) Silencio! El Duque!

ESCENA VII.

DICHOS, GUIDO.

GUIDO. (Entrando.) Estoy impaciente, Francesco; ¿deduces algo de las palabras de esta buena mujer?

FRANC. (Con intencion.) No, padre mio: la pobre Marta no sabe nada.

GUIDO. ¿Pero no estaba allí? no vió á los asesinos?

MARTA. Sí, monseñor; los ví y hasta hablé con su jefe.

GUIDO. ¡Su jefe!

FRANC. (Turbado y aparte.) Ah!

MARTA. Mas como llevaba el rostro cubierto con una máscara...

GUIDO. Pero alguna otra señal?..

MARTA. Estaba ya oscuro.

GUIDO. Y su voz?

MARTA. ¿Su voz? Esperad: creo haber oido, no se en dónde, alguna que se le parece; pero me es imposible recordar...

FRANC. Ya veis, señor, que no sabe nada.

GUIDO. ¡Otra esperanza perdida! Y tu madre que pensaba... Veo que es inútil su deseo; y aunque Marta se quede en palacio...

FRANC. En estos momentos sólo serviria para aumentar el dolor de entrambas. Por otra parte, Marta necesita volver a!

lado de su hermano.

GUIDO. ¿Pero tan pronto?

MARTA. Sí, monseñor; no tiene á nadie más que á mí.

GUIDO. Sin embargo...

FRANC. No insistamos, padre mio; es natural que desee volver á su pobre cabaña.

GUIDO. Pues se empeña, allá la seguirán nuestros beneficios.

MARTA. Señor...

FRANC. Y muy pronto, querida Marta, iré yo mismo á repetir este abrazo, que os doy ahora con todo mi corazón. (La abraza. Vánse, Guido por la derecha y Marta por el foro.)

ESCENA VIII.

FRANCESCO, despues BEPPO.

FRANC. ¡Por qué esa mujer fatal ha venido ahora á descubrirme tan horrible secreto! Yo hijo de un vagabundo! Y cuándo lo vengo á saber!... cuando tengo ya un pié sobre las gradas del trono!... cuando la sangre ofusca mi vista!.. cuándo ya es imposible retroceder! Y ese secreto... hay una mujer que lo sabe... ¡Y la he dejado salir de aquí!.. Ah! Si me hubiese hallado solo en palacio!...

BEPPO. (Entrando) Monseñor ...

FRANC. Qué quieres ahora, imbécil?

BEPPO. Si te enfadas, me voy, y te privo de hacer una obra de caridad.

FRANC. Acaba.

BEPPO. Es que hay ahí un pobre hombre, muy necesitado, segun el interés que tiene en hablar contigo.

FRANC. Ahora no quiero recibir á nadie.

BEPPO. Mira, monseñor, que tiene una cara de hombre de bien... (Ap.) Parece un facineroso.

FRANC. Pues bien; dale algun dinero, y que se vaya.

BEPPO. Es que no tengo dinero que darle.

FRANC. Tómalo de mi escarcela.

BEPPO. Precisamente la he buscado y no la he podido encontrar.

- FRANC. Cómo?
- BEPP0. Porque cuando volviste esta mañana...
- FRANC. (Intorruptiéndole.) ¡Chs!...
- BEPP0. (Bajando la voz.) Ya no la traías.
- FRANC. Es posible!
- BEPP0. Con que... vamos, qué digo á ese hombre?
- FRANC. Que se vaya.
- LUIGI. (Apareciendo en la puerta del foro.) Me iré despues, monseñor, si no os sirve de molestia.
- FRANC. (Ap.) El tuno de anoche! (Hace á Beppo señal de que se aleje.)
- BEPP0. (Saliendo, sin dejar de volver la cara atrás.) ¡Vaya un par!

ESCENA IX.

FRANCESCO, LUIGI.

- FRANC. (Ap. y tomando luego una actitud de dignidad forzada.) ¡Qué maldita casualidad traerá por aquí á este hombre! (Alto y sentándose.) Quién sois, y qué solicitais de mi? Cuáles son vuestras necesidades?
- LUIGI. Necesidades?... Ese... fenómeno, que acaba de salir, os ha engañado sin duda; cuando creéis que os vengo á pedir limosna. No es ese mi objeto: vengo á exigir el pago de una deuda.
- FRANC. ¿De una deuda?..
- LUIGI. Sí, monseñor: he oido publicar al son de trompetas un bando, en el cual el Duque Guido de Gonzaga promete quinientos escudos de oro al que descubra el autor del asesinato de su heredero, á quien parece ser que mataron anoche en una cabaña, á orillas del Mincio.
- FRANC. Así es en verdad. Pobre hermano mio!
- LUIGI. No os aflijais, monseñor, porque ya no tiene remedio.
- FRANC. Y bien: deciais?...
- LUIGI. Que vengo sencillamente por la recompensa ofrecida en el bando.
- FRANC. (Levantándose.) Cómo! ¿Conoceis al asesino?
- LUIGI. Qué si le conozco? ¡Vaya si le conozco! ¡Pues si sois vos!

- FRANC. Yo! miserable! y te atreves!..
- LUIGI. Vamos, no hay que enfadarse; entre amigos... Las máscaras y otras precauciones pueden engañar á un novato; pero yo soy ya perro viejo, y contra siete vicios... Ya os dije anoche que no me gustaba trabajar, sin saber por cuenta de quién andaba el negocio.
- FRANC. Esa odiosa suposicion!..
- LUIGI. Vaya, os digo que no hay que enfadarse. Escuchadme un momento con calma, y creo que al fin nos entenderemos. La persona que anoche encomendó á unos cuántos bribones, de los cuales francamente era yo uno, el hecho que ahora se trata de perseguir, llevaba pendiente de la cintura una escarcela primorosamente bordada. Yo tengo, sin saber por qué, grande aficion á esas baratijas; y como en ellas suele haber cifras y escudos de armas, que indican la persona á quien pertenecen, cuando os acompañé la barca, me apoderé de la vuestra, sin que lo notaseis, y por ella he venido en conocimiento de que la persona que me mandó trabajar, sois vos mismo. (Sacando la escarcela.) Voy á devolveros el dinero que contenia, al cual no he querido tocar, porque no soy ningun ladrón, ni quiero más que lo que gagan honradamente. En cuanto á la escarcela, la conservo, no sólo por ser recuerdo de una persona á quien estimo, sino porque en ella puedo tener mi salvaguardia.
- FRANC. Pero, miserable! ¿Olvidas que estás en mi palacio, y que te tengo en mi poder?
- LUIGI. No tanto como vos creéis, monseñor; porque me queda la boca para gritar... y en un caso extremo... (Sacando un puñal.) ya sabéis que yo no soy manco.
- FRANC. (Bajando la voz.) Y serias capaz de denunciarte á tí mismo por el placer de perderme?
- LUIGI. Así como así, estoy ya cansado de esta vida; y como sé que tarde ó temprano he de subir á la horca, no me disgustaria ir acompañado de una persona de tan alta calidad.
- FRANC. Dejemos las bromas á un lado, y dime con franqueza lo

que quieres.

- LUIGI. Pues no lo he dicho ya? Los quinientos escudos ofrecidos al denunciador. Me parece que los tengo bien ganados. Si no lo creéis, me dirigiré á vuestro padre . .
- FRANC. Ganada ó no, te daré esa suma.
- LUIGI. (*Inclinándose.*) Tanta bondad! Hé aquí en lo que se conocen los grandes señores, en que nunca regatean.
- FRANC. Me gusta tu audacia; y pues que entre nosotros no debe haber ya misterios, hablemos á cara descubierta. Tengo otro asunto de que encargarte.
- LUIGI. Demonio! Ya veo que sois un buen parroquiano.
- FRANC. Tú mismo fijarás el precio.
- LUIGI. Veremos. Se trata de algun personaje importante?
- FRANC. Se trata de una mujer.
- LUIGI. ¿De una mujer?
- FRANC. Poseedora de un secreto muy peligroso.
- LUIGI. Pues... muchas gracias; guardad vuestro dinero, porque yo no he nacido para matar mujeres.
- FRANC. Es que te daré! . . .
- LUIGI. Aunque me dierais más oro que peso. Por otra parte... os lo he dicho hace poco; este oficio me va ya cansando; hay un fraile que anda siempre detrás de mí dándome consejos... y francamente, creo que tiene razon. Quisiera que el negocio de anoche fuese ya el último. Y en el caso de continuar, no creo que una mujer... merece...
- FRANC. No sabes que esa mujer es un testigo amenazador; que ha venido aquí hace poco á revelar cuanto sabe, y que puede algun día...
- LUIGI. ¿Cómo?
- FRANC. Todo lo vió anoche en la cabaña; recuerda hasta las facciones de algunos de vosotros y...
- LUIGI. Diablo!
- FRANC. Habiéndola interrogado yo, la he dicho que guardase silencio durante mis pesquisas; pero si se la deja vivir, mañana puede hablar...
- LUIGI. Eso ya es diferente, porque va en ello la salvacion de

todos nosotros.

FRANC. Aceptas pues?

LUIGI. (Rascándose la oreja.) Qué ha de hacer uno? Cuando es preciso... Vaya, me dareis mil ducados. ¿Os parece mucho pedir?

FRANC. Te daré los mil ducados.

LUIGI. Pues entónces, trato hecho; pero repito que será el último.

FRANC. La mujer... la encontrarás en la misma cabaña donde estuvimos anoche.

LUIGI. Y el dinero?

FRANC. El dinero se te entregará mañana. Me parece que no desconfiarás de mí.

LUIGI. No por cierto; monseñor; porque, á Dios gracias, tengo medios seguros de hacerlos pagar.

FRANC. (Ap.) Y yo, de librarme de tí cuando me hayas servido.

LUIGI. (Saludando.) Dios os guarde. (Váse.)

FRANC. Avisemos á Spoleto. (Váse por la puerta izquierda y cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Exterior de la cabaña de Pietro, que comprende el primero y segundo término, á la izquierda; más hácia el fondo, y unido á la cabaña, otro edificio del mismo orden de construcción, á cuya puerta, que estará paralela á la de la granja, habrá, entre otros útiles de labor, un carro y algunas barricas; junto á la puerta de la granja un banco de piedra; á la derecha, en último término, un montecillo practicable; al fondo el Mincio

ESCENA PRIMERA.

PIETRO, extendiendo sus redes, MARTA, saliendo de la cabaña, luego PAOLO.

PIETRO. Buenas tardes, hermana. Hoy hace un tiempo hermoso.

MARTA. Sí por cierto. Está la tarde tan serena...

PIETRO. Dí, Marta; y mi hombre pescado ¿cómo se encuentra hoy? En toda la mañana no he podido entrar á verle.

MARTA. Está bastante mejor, aunque muy débil todavía. Parece como un sueño todo lo que ha pasado. ¿No es verdad? Quién creyera que ese jóven, que sacaste del agua en tus redes, pudiera ser el príncipe de Mántua, á quien lloran ya como muerto? Ni yo misma... porque como lo ví una sola vez y era de noche...

PIETRO. Yo no lo he sabido tampoco hasta ayer de mañana. El

ermitaño que se encargó de curarle, nos habia prohibido que le hablásemos; pero, al traerle aquí lo supimos todo. ¡Pobre señor! ¿Y sabes lo que dice el ermitaño? que la herida era mortal; pero el frio del agua parece que contuvo la sangre... ¡Qué fortuna la de haberse enredado en mis redes! ¿Le has dicho tú algo de que su familia le cree muerto?

MARTA. Pues ya se ve que se lo he dicho.

PIETRO. Pues has hecho mal. Pero mírale por dónde sale. Tú tienes la culpa... (Corriendo á sostener á Paolo, que sale de la cabaña, débil y vacilante.) Pero ¡monseñor! es una imprudencia, cuando apénas estais fuera de peligro...

PAOLO. Allí dentro parecia que me ahogaba. Necesito respirar el aire libre y puro de la tarde. Esto me hará provecho.

MARTA. (Sosteniéndole por el otro brazo.) Venid, sentaos en este banco, que aquí no da el sol, y está reservado del aire.

PAOLO. (Sentándose.) Gracias, amigos míos. ¡Qué tarde tan hermosa! ¿Con qué os podré pagar todo lo que os debo?

PIETRO. Bah! á nosotros no nos debeis nada. Á quien debeis una libra de cera, es á la Virgen del Cármen, abogada de los pescadores; porque cuando los bandidos os arrojaron al agua, á no ser por ella, que permitió que caerais dentro de mis redes...

PAOLO. Es verdad que mi salvacion se puede mirar como un milagro.

PIETRO. Así lo dice el padre Gerónimo. ¿Verdad que es un buen médico el padre Gerónimo? En ocho dias que habeis estado en su ermita y los dos que llevais aquí, ha hecho más por vuestra salud, que otros médicos hubieran hecho en un año. Y á saber si otros médicos os hubieran salvado el pellejo! Pero se va á enfadar cuando sepa que os habeis levantado sin su licencia; porque el traeros aquí, fué para que estuviéseis mejor cuidado que en su ermita.

PAOLO. Lo que me atormenta más, es esta inaccion forzosa y el no saber qué ha sido de la jóven á quien veniamos acompañando, y que segun vosotros, fué sacada de aquí

por los miserables bandidos, para asesinarla sin duda.

MARTA. Creo que no hayan atentado contra su vida; porque, según las palabras del bandido que murió aquí, su proyecto era llevarla á un lugar oculto, para pedir por ella un buen rescate. Pero no pudimos saber el camino que habían tomado.

PAOLO. (Levantándose.) Ah! yo descubriré el autor de esta inicua trama! Esta incertidumbre me hace más daño que mi propia herida. Necesito encontrar á Estela, y la encontraré, pésia sus miserables raptores! (Vuelve á caer en el banco.) Pero las fuerzas no me ayudan!... Dios quiere probarme.

MARTA. (Sosteniéndole.) ¡Buen medio de recobrar las fuerzas! Vamos, monseñor, es necesario ser razonable. Aunque sois mi príncipe, debéis obedecerme, mientras yo sea vuestra enfermera; porque, si no, no recobrareis nunca la salud. ¿Es verdad, Pietro?

PIETRO. Tiene razon mi hermana; y por otra parte, si vuestros enemigos supiesen que no habeis muerto, podrian acometeros fuera de aquí, y entónces seria imposible la defensa; mientras que, persuadidos de vuestra muerte...

PAOLO. Esa es otra de las causas de mi inquietud: mis pobres padres, y mi madre principalmente... temo que el dolor abrevie los dias de su vida.

PIETRO. Si es por la noticia, no tengais cuidado. No conocen vuestra letra? Pues escribid cuatro renglones; yo llevaré el papel secretamente á Mántua; vendrán fuerzas para vuestra custodia...

PAOLO. Ah! Pietro! Tú me salvas dos veces la vida. Tienes razon; voy á escribir á mi hermano Francesco, para que él, con ciertas precauciones, vaya haciendo saber á nuestros padres la inesperada noticia de mi salvacion.

PIETRO. Eso es; yo entre tanto voy á ver si algun vecino de las cercanías quiere prestarme un caballo para llegar más pronto. (Váse.)

PAOLO. Pobre hermano mio! qué placer tan grande recibirá cuando sepa... Voy á escribir la carta.

MARTA. (Ap.) Su hermano! Si supiera...

PAOLO. Vamos, buena Marta, llevadme adonde pueda escribir.
(Apoyándose en su brazo.) Todavía me cuesta trabajo andar sólo. (Éntranse en la cabaña.)

ESCENA II.

LUIGI, sólo.

En el momento en que la escena queda sola, se ve bajar por el montecillo á Luigi, embozado, y con un sombrero de anchas alas. Adviértese en él el proyecto que allí le conduce, por las precauciones que toma para no ser visto al acercarse á la cabaña.

Aquí es, no tengo duda. Esa es la puerta por donde aquella noche... (Mirando al río.) Y allí fué donde le arroja-
mos. Descansaremos un poco ántes de entrar, y no daremos el golpe hasta conocer la gente que hay dentro. Hace ocho dias que debia haber despachado este negocio, y no sé por qué no acababa de decidirme. Pero el hombre de allá tiene miedo á esta mujer, y no deja de meterme prisa, en lo cual tiene razon, porque el trato es trato. (Sentándose en el banco de piedra.) ¡Á qué demonios encontraria yo á ese maldito Spoletto al salir de los calabozos de Venecia! (Pausa.) Vamos, no sé lo que pasa por mí de algun tiempo á esta parte!... (Levantándose.) Otras veces tenia yo más resolucion. La muerte de la otra noche me pesa sobre la conciencia de un modo, que... y eso que no fuí yo el que le dió el golpe; pero en cambio, le arrojé al río. Ahora... la idea de levantar mi puñal contra una pobre mujer, que no me ha hecho daño, y á quien nunca he visto, me pone de un humor... Si no fuera porque me he comido ya parte del dinero, creo que seria capaz de devolverlo á su amo y... Pero no puede ser... ya no hay remedio... Hay que cumplir... Pero ya no más, ya no más. Con el dinero que tengo y el que me den... lo primero que hago es fundar una memoria, para que digan misas en el convento por mi

alma y por la de los infelices que han ido por mi mano al otro mundo: despues elegiré un lugar donde retirarme; buscaré á mi pobre Marta; y si vive todavía, pasaremos juntos los años que nos queden de existencia; por supuesto, sin decirle de donde ha salido el dinero, porque si no... era capaz de morirse de hambre ántes que...

ESCENA III.

LUIGI, MARTA.

MARTA. (Saliendo de la cabaña sin ver á Luigi.) Ya queda escribiendo al que cree su hermano. Si no fuera porque he prometido guardar el secreto... me han dado unas ganas de decirle...

LUIGI. (Ap. viendo á Marta.) Una mujer... Esta debe ser sin duda. (Lleva la mano al puñal, y se detiene.) Vamos despacio, no cometamos algun error. Sepamos primero si es ella.

MARTA. Cómo tarda Pietro! (Reparando en Luigi.) Ah! ¿Quién será este hombre?

LUIGI. (Ap.) No me atrevo á mirarla. (Alto, y sin mirar á Marta.) Decid, buena mujer: ¿sois vos la dueña de esta cabaña?

MARTA. Yo soy: qué se os ofrece?

LUIGI. (Ap.) Es ella, y está sóla; aprovechemos la ocasion.

MARTA. (Acercándose.) Puedo serviros en algo?

LUIGI. (Preparando el puñal y acercándose á ella, mirando con precaucion por todas partes.) Podeis servirme... en... yo os diré:..

PIETRO. (Fuera, llamando.) Marta! Marta!

MARTA. Me llaman?

PIETRO. Dile que ya estoy aquí.

LUIGI. ¡Marta ha dicho!

MARTA. Ah! era mi hermano. (Respondiéndole.) Está bien, Pietro.

LUIGI. (Mirándola con atencion.) Será posible!... ¡Es ella!... (Dando un paso atrás, arrojando el puñal, y quedando como petrificado.) Dios mio! misericordia!

MARTA. Esa voz!... esas facciones!... (Corriendo hácia él.) ¡Luigi!

Pero ¿eres tú? Y despues de diez años de ausencia, hu-yes de mí como avergonzado?

LUIGI. Oh! no, no, pobre esposa mia! La casualidad... yo igno-raba que eras tú la que... (Ap.) Oh! malvados!

MARTA. Pero explícate; mi hermano va á llegar, y ya sabes que no te quiere muy bien por tu conducta. Háblame por Dios con franqueza; dime si debo alegrarme de volverte á ver, ó por el contrario... ¿De dónde vienes?

LUIGI. De los calabozos de Venecia, donde he estado diez años.

MARTA. En castigo de algun nuevo crimen?

LUIGI. (Con amargura.) Sí; no quiero negártelo; es preciso ha-blarte ya con el corazon. Al salir de allí, lejos de en-mendarme, estaba dispuesto á cometer otros delitos... (Viendo á Marta que retrocede horrorizada.) Pero, tranquilí-zate; lo que aquellos diez años no han podido hacer, lo ha realizado un solo momento. Sí, esposa mia. Tu presencia acaba de acarrearne al buen camino!

MARTA. No te comprendo.

LUIGI. Es más difícil de lo que puedes imaginar. Te estoy mi-rando, y me parece mentira que... Quisiera abrazarte, y no me atrevo; porque un demonio no se debe acercar á un ángel. Pero Dios, que me ha dado el arrepenti-miento, me dará la perseverancia, y algun dia seré digno de mi esposa. Entre tanto, no me apartaré de tí; te protegeré contra todos, y por el cielo te juro... (Volviendo á coger el puñal.) Que vengan, que vengan aho-ra esos miserables! ¡

MARTA. No es á mí á quien hay que defender, porque á mí nadie puede quererme mal; pero, si Dios te ha tocado en el corazon, si vienes á expiar tus faltas con buenas acciones, no seré yo la que te rechace. Conozco tu va-lor, confio en él y lo imploro en favor de una persona que se halla en nuestra cabaña y acaso necesitará de tu auxilio.

LUIGI. Quién es?

ESCENA IV.

DICHOS, PAOLO.

PAOLO. (Con una carta.) Ya está aquí la carta.

LUIGI. (Retrocediendo horrorizado.) Virgen María! qué es lo que veo!

MARTA. ¿Qué te pasa?

PAOLO. (Á Marta.) ¿Quién es ese hombre?

MARTA. Nada temais; es mi marido. (Á Luigi, que permanece horrorizado mirando á Paolo.) Pero por Dios, Luigi, qué es lo que tienes?

LUIGI. ¡Ó me engañan mis ojos, ó lo que estoy viendo es un fantasma!

MARTA. Luigi, vuelve en tí.

LUIGI. ¿Ó es que resucitan los muertos?

MARTA. Estás loco?

LUIGI. Hace diez dias... aquí mismo... despues de un golpe mortal, fué arrojado al agua...

MARTA. De donde mi hermano lo sacó todavía con vida.

LUIGI. (Arrojándose á los pies de Paolo.) ¡Bendita sea la misericordia de Dios! Perdonadme, príncipe Paolo.

PAOLO. ¿Que te perdone?

MARTA. Desgraciado; estabas tú acaso entre los asesinos?

LUIGI. (Levantándose.) Pero no fuí yo el que le herí, aunque me habian pagado para ello.

MARTA. (Apartándose.) ¡Qué horror!...

PAOLO. ¡Qué dices! que te habian pagado mi muerte? Luego tú conoces al autor de este complot infame!

LUIGI. Le conozco, y vos tambien le conoceis.

PAOLO. Yo? quién? habla.

LUIGI. Vuestro hermano, el príncipe Francesco.

PAOLO. ¡Mi hermano!

MARTA. ¡Francesco!

PAOLO. (Indignado.) Mientes, miserable!

LUIGI. (Con firmeza.) Luigi puede ser un miserable; pero Luigi no miente, monseñor.

- PAOLO. Entónces es que te engañas.
- LUIGI. Eso quiso él, engañarme, ocultando con una máscara su rostro.
- MARTA. ¡Cielos!
- LUIGI. Pero más tarde, en su mismo palacio, me lo tuvo que mostrar al descubierto.
- MARTA. Ahora recuerdo... aquella voz...
- PAOLO. Pero... es imposible... No puedo, no debo creer que un hermano trate de asesinar al que lleva su propia sangre. Si eso fuera posible, sería preciso renegar de la humanidad, poner en duda hasta la existencia de Dios!
- LUIGI. Pues es tan cierto...
- MARTA. Ya me es preciso hablar, monseñor: á Dios gracias no es vuestro hermano el que ha cometido el crimen.
- LUIGI. ¿Qué sabes tú?
- PAOLO. ¿No es el príncipe Francesco?
- MARTA. Sí, pero Francesco no es vuestro hermano. Él lo sabe ya por mí misma. Hace muchos años que por desgracia ocupa el lugar de un hermano vuestro, al que mató también, siendo niños, y estando ambos en nuestra casa. Te acuerdas, Luigi?...
- LUIGI. Cómo! aquel muchacho!... hijo de la mendiga... que yo entregué al señor Astolfo... en cambio del suyo...
- MARTA. Es Francesco. El hombre que me confió aquella pobre criatura, bajo un nombre supuesto, era el padre del príncipe, era el actual duque de Mántua.
- PAOLO. (Á Luigi.) ¿Y tuviste la audacia?...
- LUIGI. Impulsado por la necesidad... pero hartó me ha pesado luego, monseñor!
- PAOLO. ¿Y mis padres son sabedores?...
- MARTA. No me atreví á revelárselo. Os creían muerto; y al ver las lágrimas de vuestra madre, no tuve valor para hacerle sufrir otro nuevo golpe.
- PAOLO. Entónces, vamos á Mántua sin perder un momento.
- LUIGI. Sería mucho arriesgar, monseñor. Francesco manda en jefe dentro y fuera de palacio, y os quitaría de en medio ántes que llegáseis á hablar á vuestro padre.

PAOLO. Y yo, que le amaba tanto! (Mostrando la carta.) yo, que confiaba en él, y hasta le escribía para que me ayudase á encontrar á mi pobre Estela!

LUIGI. ¡Pues ibais bien! Cuando es él mismo el que os la ha robado. Quería quitaros de un golpe la herencia y la novia. Os digo que he sacado en él un buen discípulo!

PAOLO. Tú debes saber adónde han llevado á la duquesa.

LUIGI. Desgraciadamente no lo sé; pero os aseguro que lo sabré muy pronto, y entónces...

PAOLO. Y cómo puedo yo tener confianza en tí, despues de lo que tú mismo has confesado?

LUIGI. Lo que pasó, ya no tiene remedio. La necesidad... las malas compañías... todo se reunió para hacer de mí un pícaro, un malvado, pero en adelante seré otro hombre—Un buen fraile me habia ya convertido á medias, mi mujer ha hecho lo demas. Sí, Marta, tu presencia acabó de atraerme al buen camino; porque... ¿sabeis á lo que habia yo venido aquí? Pues habia venido nada ménos que á matarla!

MARTA. ¿Á matarme?

LUIGI. Sí, pobre esposa mia; á matarte por órden del monstruo á quien alimentaste cuando niño... ¡Tambien tú has criado un buen cachorro; pero lo pasado debe expiarse. Quiero hacer desde ahora tantas acciones buenas, como las he cometido malas durante mi vida. Y no tengo poco que trabajar para que llegue al fiel la balanza. Así, pues, estoy resuelto á empezar, si Marta quiere perdonarme.

MARTA. Yo...

LUIGI. Vamos, tú eres buena, y serás indulgente, ahora que más lo necesito. Tu perdon me alentará, me dará fuerzas para servir con mayor eficacia á nuestro jóven príncipe.

MARTA. Pues bien, arranca á la jóven duquesa del poder de sus miserables raptos, y á ese precio te concedo mi perdon. (Aparecen en lo alto del montecillo Spoletto y dos bandidos que le acompañan.)

- SPOL. (Á los bandidos.) Ya os dije que era este el sendero. ¿No veis allí la cabaña?
- LUIGI. (Volviéndose y dirigiéndose hácia el foro.) Si no me engaño... yo conozco esa voz. No me engañaba. (Á Marta y Paolo, volviendo al proscenio.) Es el tunante de Spoletto, el confidente, el ejecutor de las órdenes de vuestro enemigo.
- PAOLO. Volverán á buscarme?
- LUIGI. No, porque os creen muerto. Será á mí. Pero vieneu tres, y vos no estais en disposicion de ayudarme. Ocul-taos ahora, que más tarde tomaremos la revancha.
- MARTA. Venid, monseñor.
- LUIGI. Pronto, que ya llegan.
- PAOLO. VAMOS. (Entra con Marta en la cabaña.)

ESCENA V.

LUIGI, despues SPOLETTO y dos bandidos.

- LUIGI. Qué diablos vendrán á buscar? Á mi sin duda. Frances-co les habrá dado el encargo de vigilarme... ó quizás de que me acaben de pagar... en buenas monedas de acero ó plomo. Estaré sobre aviso. (Examina las pistolas que lleva á la cintura y la punta de su puñal, mientras que Spoletto y los bandidos bajan la colina. Hecho esto, se pone á pa-sear junto á la puerta de la cabaña, afectando una gran indife-rencia y canturreando en voz baja.)
- SPOL. No os lo dije? (Bajando al proscenio.) Aquí está nuestro camarada. Buenas tardes, Luigi.
- LUIGI. Hola! buenas tardes, amigo Spoletto. ¿Dónde diablos te has metido desde aquella noche?
- SPOL. Me encargó el amo de una comision reservada.
- LUIGI. Y ahora ¿qué traéis por aquí?
- SPOL. Venimos á buscarte, por orden suya.
- LUIGI. Tanta falta le hago?
- SPOL. Como que eres su brazo derecho.
- LUIGI. Y tú su izquierdo ¿eh? (Ap.) (No me da buena espina esta gente.) (Alto.) ¿Vienes ahora de Mántua?
- SPOL. No tal; vengo del Castillo del Fantasma.

- LUIGI. ¿Del Castillo del Fantasma? Segun eso no le tienes miedo.
- SPOL. Miedo yo? ¿Por quién me tomas? Ya sabes que más de una vez te he ayudado á subir el muñeco á la torre para asustar á los transeuntes.
- LUIGI. ¿Y qué diablos has ido á hacer allí, entre aquellas ruinas que se están desmoronando?
- SPOL. Si lo ves ahora, no lo conoces. (Confidencialmente.) El amo nos ha mandado restaurar una parte de él, para que sirva de alojamiento á la dama en cuestion.
- LUIGI. (Id.) Con que la señora que robasteis de aquí?...
- SPOL. (Id.) Allí la tenemos (Sonriendo.) con mi respetable esposa, que le sirve de camarista.
- LUIGI. Vamos, y tú serás el mayordomo?
- SPOL. Sí, pero creo que tú vas á reemplazarme ahora.
- LUIGI. ¿De veras?
- SPOL. Cuando el amo nos ha encargado que te llevemos allá...
- LUIGI. Qué, el amo está allí tambien?
- SPOL. Irá muy pronto; acaso mañana.
- LUIGI. (Ap.) (Diablo!) (Alto.) Bueno; pues decidle que allá irá yo, quizás ántes que él llegue.
- SPOL. Pues qué ¿no vienes con nosotros?
- LUIGI. Por agradable que me sea vuestra compañía, no puedo ir ahora, (Bajando la voz.) porque tengo que cumplir aquí con un encargo suyo.
- SPOL. No has acabado todavía con esa mujer?
- LUIGI. Ah! conque tú sabes?..
- SPOL. Sé que nos estorba, y que tú te has comprometido...
- LUIGI. Es verdad; pero hace poco que he llegado y todavía no he tenido tiempo de...
- SPOL. Te vas haciendo muy holgazan, desde que eres rico. Otras veces no dejabas dormir tanto un negocio. ¿Quieres que te ayudemos? (Á los bandidos.) Á ver, muchachos. (Los bandidos echan mano á los puñales.)
- LUIGI. (Poniéndose delante de ellos.) Eh!... vamos despacio!
- SPOL. Por qué?

- LUIGI. Porque es negocio mio .. y porque no está sólo.
- SPOL. Está ahí su hermano?
- LUIGI. Y su marido tambien.
- SPOL. Qué importa? No son más que dos, y nosotros somos cuatro. Conque, adelante. (Se disponen á entrar.)
- LUIGI. (Deteniéndolos.) ¡Rayo de Dios! ¿Quereis que nos perdamos todos? Ahí cerca hay una docena de pescadores, que acudirán al primer grito.
- SPOL. Tiene razon; obremos con cautela. (Despues de una breve pausa.) Se me ocurre un medio, que no puede comprometer á nadie.
- LUIGI. Á ver?
- SPOL. Vive álguien en esa especie de pajar que está contigo á la cabaña?
- LUIGI. Creo que no. (Ap.) (Cuál será su intento?)
- SPOL. Todo esto debe arder con mucha facilidad, porque la mayor parte es paja y madera.
- LUIGI. Qué te propones?
- SPOL. Muy sencillo: estos hombres y yo nos ocultamos allí, donde no hay nadie; tú entre tanto ves si se alejan los peseadores; mientras, los de la cabaña se habrán dormido. ¿Eh?
- LUIGI. Enterado.
- SPOL. Cuando ya no sientas á nadie, vuelves por aquí y nos haces una señal; prendemos fuego á ese tinglado; salimos, atrancamos la puerta de la cabaña con todo lo que hallemos por aquí...
- LUIGI. (Ap.) (¡Admirable idea!)
- SPOL. ¿Eh?
- LUIGI. Que estoy conforme.
- SPOL. Y luego, que vayan á averiguar...
- LUIGI. Pues ocultaos cuanto ántes. ¿Traeis avios para encender?
- SPOL. No los olvido nunca. (Mostrando una bolsa.) Yesca, pederal, pajuelas; todo está aquí.
- LUIGI. Creo que siento ruido. Entrad pronto. (Spoletto y los dos bandidos entran en la habitacion próxima á la cabaña; Luigi cier-

ra con cuidado la puerta detrás de ellos, y corre en seguida con gran precaucion á la puerta de la cabaña.)

ESCENA VI.

LUIGI, MARTA, PAOLO, toda esta escena en voz muy baja.

LUIGI. (Llamando.) Marta! Marta!... y vos tambien, monseñor, salid al instante.

MARTA. Qué pasa?

PAOLO. Qué sucede?

LUIGI. Silencio, que no nos oigan. Están allí encerrados. Preparémonos y huyamos al punto.

MARTA. Adónde vamos?

LUIGI. Á dar libertad á la princesa.

PAOLO. ¿Sabes dónde está?

LUIGI. En el Castillo del Fantasma, adonde es preciso que lleguemos ántes que el otro.

MARTA. ¡En ese castillo! qué horror! donde aparece un esqueleto que echa llamas!

LUIGI. No te asustes; es un recurso de la gente perdida, que allí se alberga, para que nadie se acerque. Ya os lo explicaré en el camino.

MARTA. Pero el príncipe... ¿cómo puede andar?...

PAOLO. Dios me dará fuerzas.

MARTA. ¡Ah! me olvidaba de que espera mi hermano con un caballo prevenido.

LUIGI. Vamos á buscarle. Di, Marta: ¿tienes ahí dentro algo de valor?

MARTA. No, ¿por qué?

LUIGI. Porque esos bandidos van á prender fuego.

MARTA. Dios mio! es la única hacienda de mi hermano!

PAOLO. Eso nada os importa. Yo me encargo...

LUIGI. El príncipe tiene razon. ¿Hay alguna puerta que comunique con el sitio en que ellos están?

MARTA. Ninguna.

LUIGI. En ese caso, no hay miedo que escapen. Si ellos no

pegan fuego, yo mismo... Tomad alguna cosa con que abrigaros, y vamos pronto, que voy á darles la señal.

(Marta entra en la cabaña y saca dos abrigos de marinero, con que se cubren ella y Paolo.) Esperad un poco. (Se dirige á la puerta donde están los bandidos.) Camaradas: ya los marineros se alejan; pero no salgais hasta que con un silbido os dé yo la señal. Los vecinos duermen. Voy á poner algunos trastos delante de la puerta de la cabaña. (Ap. á Marta.) Ayúdame aquí. (Marta le ayuda y colocan el carro y otros objetos delante de la puerta por donde entraron los bandidos.) Ahora, vamos andando. (Se dirigen los tres hácia la colina; á poca distancia, Luigi da un silbido, y en seguida se ve salir humo del lugar en que se halla Spoletto.)

SPOL. (Encerrado y dando golpes á la puerta.) Luigi! Luigi! abre, que está la puerta cerrada!

LUIGI. (Desde la colina) Buen provecho! Já, já, já! El gato ha caido en la ratonera!

(El fuego empieza á crecer. Los bandidos siguen dando golpes y llamando á Luigi; suben las llamas; se hunde una parte del techo, y se ve á Spoletto y los dos bandidos agarrados á un madero y queriendo trepar por en medio de las llamas.)

SPOL. Por aquí, por aquí! (El madero se hunde con los tres.) Ah!

PAOLO. (Volviéndose desde la colina.) Desgraciados!

MARTA. (Deteniéndose en ademan de pedir misericordia.) Dios mio! tened piedad de su alma!

LUIGI. Dejadlos arder, que bien merecido lo tienen. (Se oyen algunos gritos de dolor, y el telon baja pausadamente.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa, en primer término, una esplanada circuida de rocas y arbustos por derecha é izquierda; del primero al segundo término atraviesa el escenario un foso profundo; sobre el cual se ha improvisado un puente con varios maderos unidos; más allá del foso empiezan las ruinas del castillo, que se extienden hácia el fondo, donde se levanta una torre algo mejor conservada. Por encima de las ruinas un bosque espeso cierra el horizonte.

ESCENA PRIMERA.

FRANCESCO, ESTELA, varios hombres armados y en diferentes trajes.

FRANC. (Á los hombres.) Volved á ocupar vuestros puestos hasta nueva órden. (Vánse todos hácia el castillo, donde forman grupos para beber y reir, mientras que algunos van colocándose de centinela.)

ESTELA. Qué ¡volvemos otra vez al castillo?

FRANC. Vos lo quereis. Esa es la gratitud con que pagais á vuestro salvador. Yo os liberté del poder del duque Humberto, vuestro tío, cuyos partidarios os hubieran dado la muerte como á mi pobre hermano. Para hacer ya imposibles sus intrigas; para tener el derecho de defende-

ros, os propongo que me deis vuestra mano de esposa; pero al llegar á la puerta del monasterio, donde ya el sacerdote nos aguardaba, rechazais hasta con indignacion el único medio...

ESTELA. Si ántes me lo hubierais dicho, ántes lo hubiera rechazado.

FRANC. No comprendo...

ESTELA. Os lo diré de una vez: al veros rodeado de esa canalla vil, compuesta de asesinos y bandoleros...

FRANC. Señora!...

ESTELA. No hay más que mirarles al rostro. Al veros entre esa gente; al ver la conducta observada conmigo desde aquella noche fatal, en que por orden vuestra sin duda se representó la farsa miserable de hacerme mudar de dueño, cuando en realidad mis raptos y los que me han conducido aquí por orden vuestra eran unos mismos...

FRANC. Os equivocáis.

ESTELA. Vuestra conducta es quien más me lo prueba. Y hasta he llegado á sospechar que vuestra ambicion es la que ha dado muerte al príncipe vuestro hermano. (Llora.)

FRANC. Veo que el dolor os extravía, y que vuestra razon no está muy segura.

ESTELA. Acabará de perderla si se prolonga mucho esta situacion odiosa é inexplicable. ¿No os llamais mi libertador?

FRANC. Sí.

ESTELA. Pues llevadme á la córte de Ferrara, á la de Mántua, donde está vuestra madre; y allí, con la frente erguida y la mano en el corazon, jurad vuestra inocencia.

FRANC. ¿Sereis entónces mi esposa?

ESTELA. Eso .. nunca! pero á lo ménos disipareis la horrible sospecha que contra vos tengo, y que no he podido ocultaros.

FRANC. ¡Ah! no hagais que mi amor llegue á convertirse en odio! Ved que estais en mi poder... que á estas horas mi padre habrá ya firmado el decreto de abdicacion, y seré Gran duque de Mántua!

ESTELA . Poco me importa. Antes de conoceros; cuando os ócultábais con la máscara de la más vil hipocresía, pude profesaros alguna estimacion; hoy... sólo mereceis mi desprecio.

FRANC. (Fuera de sí.) ¡Estela!

ESTELA . Entónces erais para mí un príncipe de la casa de Mántua; hoy no sois más que un jefe de bandidos!

FRANC. Estela!

ESTELA . Sí, un jefe de bandidos, en cuyas venas es imposible que circule la ilustre sangre de los Gonzagas!

FRANC. ¡Esto más! Pues bien; el jefe de bandidos, como vos le llamais, domará vuestro orgullo. Os juro que no saldreis de aquella torre, mientras vos misma no me ofrezcais voluntariamente vuestra mano.

ESTELA . Jamás! ántes la muerte!

FRANC. Lo veremos. (Va hácia el foro, y desde el puente levadizo hace una señal; algunos hombres vienen hácia él; reciben las órdenes que les da en voz baja; llegan adonde está Estela llorosa, y la conducen al castillo. Á poco, se la ve entrar por la puerta de la torre. Francesco desaparece entre los grupos, que le victorean al pasar)

VOCES. Viva el príncipe Francesco! Viva el duque de Mántua!

ESCENA II.

PAOLO y PIETRO, ocultándose entre la maleza; despues LUIGI, saliendo por la abertura de una roca, que gira para darle paso.

PAOLO . Por aquí se ocultó Luigi, y no sale. Pietro, estoy decidido. Entre esos hombres habrá algunos que me conozcan y que vendrán á nuestro lado.

PIETRO. No lo intentéis; vale más esperar un poco.

LUIGI. (Saliendo.) El camino está franco.

PAOLO . ¡Luigi! (Llamándole en voz baja.)

LUIGI. ¿Eh? ¿quién va? (Echando mano al puñal.)

PIETRO. Somos nosotros.

LUIGI. Haceis mal en venir hasta aquí.

PIETRO. El príncipe quiere presentarse á esa gente.

LUIGI. Fuera una locura.

PAOLO. ¿Qué hacemos?

LUIGI. No hay que moverse de aquí. Conozco muy bien todos estos escondites, y he llegado por ese subterráneo hasta la misma torre. Si no hubiera estado allí la princesa Estela, ya les hubiera yo dicho á ellos cuántas son cinco! Precisamente están todavía en la mina algunos barriles de pólvora, que yo mismo ayudé á colocar, y que por cierto tienen puesta la mecha, que no habia más que pedir. Yo hubiera muerto tambien con ellos, como se cuenta de Sanson; pero la vida de la jóven duquesa ha salvado la de tantos bribones.

(Se oye un toque de trompeta en el castillo. Luigi sale un momento agachado por entre las rocas y vuelve en seguida.)

PAOLO. Qué es eso?

LUIGI. Es la señal de que álguien se acerca al castillo.

PAOLO. (Con ansiedad.) Ah! serán las tropas de mi padre?...

LUIGI. ¡Quietos!... Lo voy á ver.

PAOLO. Esta ansiedad me está matando! Y si llegaran á descubrirnos... (Á Luigi, que vuelve.) Son las tropas?

LUIGI. No, monseñor; es un hombre que se acerca corriendo á caballo. (Mirando hácia fuera.) Ya se apea... ya viene hácia aquí: venid y ocultémonos. (Vánse por la derecha, y entra en escena Beppo, en cuyo semblante se advierte grande agitacion.)

ESCENA III.

BEPP0, varios hombres de armas, que bajan del castillo y se acercan al puente levadizo, despues FRANCESCO.

HOMB5. ¿Quién va allá?

BEPP0. (Á los hombres de armas.) Decid al príncipe Francesco que venga al instante, que está aquí Beppo, y le quiere hablar de un asunto de mucha importancia.

HOM. 1.º Pasad; ya veis que está echado el puente.

BEPP0. Habrá cernícalos! ¿Pues no conocéis que no quiero pa-

sar? No, lo que quiero es que venga aquí mi amo.

HOM. 1.º Iré á avisarle. (Váse hácia la torre y vuelve luego con Francesco.)

BEPP0. ¡Como que iba yo á entrar en el Castillo del Fantasma. Gracias que he llegado hasta aquí. No sé como tanta gente se atreve .. ¡Y mi amo... si no sale pronto está perdido. Pero aquí viene. Le hablaré aparte, no sea que se enteren sus partidarios, y sean ellos mismos los que lo entreguen.

FRANC. (Hace una señal á los que le siguen para que se detengan; pasa sólo al puente levadizo, y bajando al proscenio á reunirse con Beppo, le pregunta con las mayores muestras de inquietud.) ¿Qué hay, Beppo, qué es lo que pasa?

BEPP0. Que te han pillado las vueltas, y que te han echado la zancadilla.

FRANC. ¡Qué dices!

BEPP0. Que cojas al instante mi caballo y salves tu vida, si es posible, huyendo hasta que lo revientes.

FRANC. Pero, ¿te has vuelto loco?

BEPP0. Quizás; es una prueba el venir á avisarte; pero una vez me salvaste la vida...

FRANC. Pero hombre ó demonio, ¿acabarás de explicarte?

BEPP0. Óyeme. Ayer ha llegado á Mántua una mujer que dicen que es la que te sirvió de nodriza.

FRANC. ¡Marta!

BEPP0. La misma.

FRANC. (Ap.) ¡Maldito Luigi!) (Alto.) ¿Y qué?

BEPP0. Ella ha dado á tus padres la noticia de que vive el príncipe Paolo, á quien sacaron del rio medio muerto; ella ha dicho que tú eres el que pagó á sus asesinos, el que le ha soplado la novia, que se halla entre esas ruinas.

FRANC. ¡Sigue!

BEPP0. Que tu hermano se dirige hácia aquí con dos hombres de su confianza, con ánimo de arrancarla de tus uñas, y por último, que tú eres hijo de un bandolero y de una mendiga, y por consiguiente un príncipe de pega. ¡Quieres más?

- FRANC. ¡Ira de Dios! ¡Conque todo eso sabe el Duque!
- BEPP0. Y ya vienen hácia aquí sus soldados para prenderte. Y el príncipe Paolo no debe andar muy lejos.
- FRANC. Pues bien; ya que no espero remedio humano, le buscaré por todas partes con mi gente, y cuando llegue el Duque, hallará su cabeza colgada de la torre. En cuanto á Estela, ya que no ha de ser mia, tampoco será de él: lo juro!
- BEPP0. Sabes que eres más loco que yo?
- FRANC. Déjame!
- BEPP0. Mucho más loco; porque en vez de huir, te entretienes en conversar contigo mismo.
- FRANC. (Después de un momento de meditacion.) Teniendo en mi poder á Estela, obligaré al Duque á capitular; alcanzaré de él... Pero estoy loco! Mejor es que muera conmigo, que nada hay tan sabroso como la venganza. (Vuelviéndose hácia el castillo.) ¡Aquí, mis valientes! (Bajan en tropel muchos de los hombres de armas y le rodean.) Mi padre el Duque me hace saber por este emisario, (Señalando á Beppo, que se encoge de hombros.) que se halla en estos contornos un miserable, que quiere hacerse pasar por el príncipe Paolo, mí hermano querido, que como sabeis, ha muerto.
- BEPP0. (Ap.) (Cómo miente!)
- FRANC. Parece que su intento es apoderarse de la princesa Estela, si con su ardid logra engañar algunas de las tropas de mi padre. Recorred las cercanías del castillo; y si alguno de vosotros me presenta la cabeza de ese malvado, le daré en recompensa mil florines de oro.
- VARIOS. (Gritando.) Vamos! vamos!
- FRANC. Quédense aquí algunos para la custodia del castillo, que también obtendrán su recompensa. (Salen muchos por derecha é izquierda, y vuelven otros hácia la torre.)

ESCENA IV.

FRANCESCO, BEPPO, despues PAOLO, PIETRO, LUIGI y varios hombres armados.

FRANC. ¡Pero es posible que Paolo haya vuelto á la vida! Aquí hay un misterio que no puedo penetrar!

BEPPO. (Ap.) Pues, señor, ya que no tengo aquí nada que hacer, me volveré por donde he venido. Allá se las haya! (Váse. Ruido fuera.)

FRANC. ¿Qué rumor será ese?

HOM. 1.º (Entrando.) Monseñor: ahí traen al aventurero disfrazado que quiere pasar por príncipe.

LUIGI. (Entrando con un grupo de hombres, entre los cuales vienen Paolo y Pietro.) Monseñor, aquí os traigo dos pájaros de cuenta. Llegaba á daros el aviso de que el otro negocio se me escapó, sin saber por dónde, y enterado de la comision que habiais dado á vuestra gente, puse manos á la obra, y me he apoderado de ellos, que se hallaban escondidos entre unas matas.

PIETRO. ¡Infame!

PAOLO. Esto saca el que se fia de bandidos!

LUIGI. Mil florines de oro, no son de perder; y á todo el mundo le gusta ganar dinero.

FRANC. (Ap.) (Una vez muerto, quizás podré hacer creer al Duque que todo ha sido un engaño!) (Á sus gentes.) Despedad. (Á Paolo.) ¿Conque eres tú el impostor que quiere hacerse pasar por el difunto príncipe?

PAOLO. (Con dignidad.) Si no lo escuchara de tus labios, te creeria incapaz de tanta perfidia!

LUIGI. (Á Francesco.) Ya veis, monseñor, que representa su papel admirablemente.

PAOLO. (Levantando al cielo las manos.) Dios mio! Y es posible que haya en el mundo monstruos tan execrables con forma humana?

LUIGI. Haceis bien en tomarlo por lo serio.

FRANC. Si confiesas delante de todos tu impostura, intercederé

- con el Gran Duque, mi padre, para que te perdone la vida.
- PAOLO. Seria tan criminal como tú, si accediese á ello. Puedes matarme, porque estoy en tu poder y estoy indefenso; pero nunca conseguirás que manche mis labios con la mentira del cobarde.
- FRANC. Pues tú lo quieres, será preciso hacerte justicia.
- LUIGI. Para eso estoy yo aquí, monseñor; y ya sabeis que soy hombre de provecho. (Ruido fuera.)
- BEPPO. (Entrando apresurado: ap. á Francesco.) (Ahi están ya las tropas del Duque!)
- FRANC. (Tan pronto!) (Á los suyos.) Amigos míos: se acercan tropas, engañadas sin duda por los partidarios de este miserable. ¡No hay más Duque de Mántua que yo! Logrado mi triunfo, todos sereis poderosos. Estais dispuestos á defender el castillo hasta la muerte?
- TODOS. Sí.
- FRANC. Pues á las armas!
- TODOS. ¡Á las armas!
- FRANC. Tú, Luigi, me respondes con tu cabeza de la de ese criminal.
- LUIGI. Perded cuidado, monseñor; lo llevaré donde no le dé el aire, y en último caso... (Haciendo la señal de herir.)
- FRANC. Escucha. (Habla al oído de Luigi.)
- LUIGI. Magnífico! Antes de huir, si la cosa va mal, irán ambos por el mismo camino, echándose requiebros. Ese otro hombre (Por Pietro.) maldita la falta que nos hace. Le podeis enviar á advertir á las tropas...
- FRANC. Tienes razon. (Á Pietro.) Podeis decir al jefe que las manda, que si asaltan el castillo, le recibirán dos cabezas pendientes de las almenas de la torre. (Váse Pietro. Á los suyos.) Vamos, pues, y que cada hombre sea un héroe.
- VOCES. Viva el nuevo duque! Viva!
- FRANC. Abajo el puente! (Vánse todos hácia el castillo despues de arrojar al foso los maderos que forman el puente. Se ve entrar á Paolo en la torre conducido por Luigi.)

ESCENA V.

ANTONIO, SOLDADOS, luego PIETRO y el DUQUE.

Queda la escena desierta por algunos momentos; despues las tropas del Duque van coronando las alturas que rodean el castillo, oyéndose entre tanto música marcial, despues van entrando en escena otros soldados á las órdenes de Antonio; por último, entra en escena el Duque seguido de Pietro.

ANT. (Á los soldados.) ¡Hijos míos! Es preciso vengar la honra de la ilustre casa de Genzaga. Luego que se dé la señal de estar el castillo cercado por todas partes, al asalto, y no haya cuartel para ninguno de esos bandidos!

GUIDO. (Entrando.) Detente, Antonio! detente!

ANT. ¿Qué pasa, monseñor?

GUIDO. Que mi hijo Paolo y la princesa Estela se hallan prisioneros en el castillo! Ese infamé Francesco me envía á decir con este hombre, que á la primera señal del asalto asesinarán á mis hijos y colgarán sus cabezas de las almenas de la torre!

ANT. No la harán, monseñor!

GUIDO. Todo se puede esperar de un monstruo semejante. En pos de nosotros viene mi esposa con ansia de abrazar á Paolo y Estela! ¿Quieres que la reciba tan sangriento espectáculo?

ESCENA VI.

DICHOS, PAOLO y ESTELA, que salen por la piedra giratoria, por donde ántes ha salido Luigi

PAOLO. ¡Aquí están! Padre mio! Antonio!

GUIDO y ANT. Ah!

GUIDO. Paolo! Estela!

PAOLO. Sí; nos ha salvado un hombre, cuya lealtad habíamos puesto en duda! Va á volar el castillo con todos los que se hallen dentro! Padre mio, una espada, y corramos á libertar á nuestro salvador!

PIETRO. Y ese hombre?...

PAOLO. Es Luigi!

PIETRO. Dios mio! Esa sola accion lo hace digno de mi hermana.

ANT. ¿Y cómo padremos salvarle? (Ruido sordo. Aparece Francesco en la torre para animar á sus soldados.)

TODOS. (Al verle.) ¡Allí está FRANCESCO! (Estalla la mina; la torre se derrumba, Francesco desaparece entre las piedras, que caen tambien sobre la mayor parte de sus secuaces. Grito general de horror.) ¡Ah!

PAOLO. ¡Pobre Luigi!

ESTELA. ¡Pobre mártir! (Sale Luigi por la abertura de la piedra, con el cabello en desórden y todo lleno de polvo.)

ESCENA VII.

DICHOS, LUIGI, despues MARTA, la DUQUESA, damas y caballeros.

LUIGI. No tan pobre, monseñor! (Mostrando un bolsillo.) NO TAN pobre; que he salvado tambien los mil florines de oro.

TODOS. (Al verle.) ¡Ah! ¡Luigi!

PAOLO y ESTELA. ¡Nuestro salvador!

LUIGI. El antiguo bandolero, á quien Dios y su mujer han vuelto al buen camino. Pero, ¿y Marta, dónde está?

PIETRO. Aquí llega ya con la Duquesa. (Entran todos los personajes indicados y se abrazan con alegría.)

MARTA. (Abrazándole.) ¡Luigi!

LUIGI. ¡Ya soy bueno! ¡No es verdad, monseñor? (Al Duque.)

GUIDO. Y en prueba de que lo es, le nombro capitán de mi guardia.

LUIGI. Ya está la balanza en el fiel, porque he quitado de en medio muchos pícaros! Adelante, pues, y viva el Duque de Mántua!

TODOS. ¡Viva! (Cuadro animado. Cae el telon.)

FIN DEL MELODRAMA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

La eleccion de un diputado, com..	1	acto, verso.
Diego Corrientes (primitivo.) dra.	3	v.
Id. zarzuela.....	3	v.
—Id. refundido (el 3.º nuevo).....	5	v.
Hombre tiple y mujer tenor, c....	3	v.
Empeños de honra y amor, drama.	3	v.
El zapatero de Jerez, d.....	3	v.
Una mujer literata, [comedia.....	3	v.
La Roca encantada, melodrama... 4	p. y	v.
Un club revolucionario, comedia..	1	p.
Un infierno ó la casa de huésp. c.	3	p.
Aventura de un cantante, z.....	1	v.
La flor de la serrania, z.....	1	v.
—Un auto de prision, z.....	1	v.
—Un jaleo en Triana, z.....	1	v.
Remedio para una quiebra, c. . .	1	v.
Éltio Zaratan, parodia.....	1	v.
La mujer de dos maridos, c.....	1	p.
—Un dia de prueba, d.....	3	v.
—Un verso de Virgilio, c.....	3	p.
—El hijo de la Caridad, c.....	3	v.
—Vanidad y pobreza, d.....	3	v.
—Los españoles en Méjico, d.....	3	v.
—Un recluta en Tetuan, c.....	1	v.
—1864 y 1865, Revista.....	1	v.
--La dote de Patricia, fábula lírico-dramática.....	1	v.
—Revista de un muerto, juicio del año 1865.....	1	v.
—Por amor al arte ó la escuela de declamacion.....	1	p.
—Enfermedades secretas, c.....	1	v.
—La Estrella de Belen.....	3	v.
—1866 y 1867, revista.....	1	v.
—D. Carnaval y D. ^a Cuaresma, z....	1	v.
—El café de Venecia, z.....	1	v.

—Los farsantes.....	1	v.
—Consolar al triste.....	3	v.
—Las aleluyas vivientes, revista de 1867, prohibida por la censura borbónica.....	1	v.
—El Castillo del Fantasma.....	6	p.
—¿Quién será el rey? ó Los pretends.	1	v.

NOTA. La propiedad de las obras marcadas con este— signo al márgen, pertenece al autor y las administra el editor de la galeria titulada EL TEATRO. Las que no lleven el mismo signo han sido enagenadas, y su propiedad pertenece á distintas empresas.

segunda cenicienta.
 peor cuna.
 choza del almadreno.
 patriotas.
 lazos del vicio.
 molinos de viento.
 agenda de Correlargo.
 cruz de oro.
 caja del regimiento.
 sisas de mi mujer.
 dueven hijos.
 as dos madres.
 hija del Rey René.
 os extremos.
 frutera de Murillo.
 cantinera.
 venganza de Catana.
 marquesita.
 novela de la vida.
 torre de Garan.
 nave sin piloto.
 os amigos.
 judia en el campamento, ó
 os criados.
 os caballeros de la niebla.
 a escala de matrimonio.
 la torre de Babel.
 a caza del gallo.
 a desobediencia.
 a buena alhaja.
 a niña mimada.
 os maridos (refundida.)
 i mamá.
 al de ojo.
 oso y mi sobrina.
 artín Zurbarano.
 arta y María.
 adrid en 1818.
 adrid á vista de pájaro.
 del sobre hojuelas.
 ártires de Polonia.
 arta!! ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmenda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por el.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel...
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
 Tod unos.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómine como hay pocos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de pecado.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

gámica y Medoro.
 rimas de buena ley.
 cual mas feo.
 ridides y enchilladas
 lavayina la Gitana.
 upido y marte.
 éfiro y Flora.
 Sisenando.
 ona Mariquita.
 on Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 on Pascual.
 Bachiller.
 doctrino.
 ensayo de una ópera.
 calesero y la maja.
 perro del hortelano.
 ceuta y en Marruecos.
 leon en la ratonera.
 aredos de carnaval.
 delirio (drama lirico.)
 Postillon de la Rioja (*Música.*)
 vizconde de Letorieres.
 mundo á escape.
 capitan español.
 corneta.
 hombre feliz.
 caballo blanco.
 colegial.
 último mono.
 primer vuelo de un pollo
 tre Pinto y Valdemoro.
 magnetismo... ¡animal!
 califa de la calle Mayor.
 las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanás. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetnan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Lo herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Petuquere y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Mañaga.</i>	J. G. Taboada y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		A. Olona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Mondonedo.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrion.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		J. Ramon Perez.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.	<i>Oviedo.</i>	P. J. Gelabert.
	J. Teixidor.	<i>Palencia.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bejar.</i>	E. Delmas.	<i>Palma de Mallorca.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pamplona.</i>	J. de la Gámara.
<i>Burgos.</i>	B. Montoya.	<i>Pontevedra.</i>	J. Valderrama.
<i>Cabra.</i>	H. E. Perez.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Cáceres.</i>	V. Morillas y Compañía.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	C. Garcia.
<i>Cádiz.</i>	F. Molina.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Prius.
<i>Culatayud.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Requena.</i>	M. Prádanos.
<i>Canarias.</i>		<i>Reus.</i>	Viuda de Gutierrez,
	J. M. Eguiluz.	<i>Rioseco.</i>	R. Huebra.
<i>Carmona.</i>	E. Torres.	<i>Ronda.</i>	J. Gay.
<i>Carolina.</i>	J. Pedreño.	<i>Salamanca.</i>	J. Aldrete.
<i>Cartagena.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Fernando.</i>	J. de Oña.
<i>Castellón.</i>	L. Ocharán.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	A. Garralda
<i>Castroúrdales.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>Sanlúcar.</i>	S. Herrero.
<i>Ceuta.</i>	P. Acosta.	<i>San Sebastian.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Ciudad-Real.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	B. Escribano.
<i>Córdoba.</i>	J. Lago.	<i>Santander.</i>	L. M. Salcedo.
	M. Mariana.	<i>Santiago.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Coruña.</i>	J. Giuli.	<i>Segovia.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Cuenca.</i>	N. Taxonera.	<i>Sevilla.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Ecija.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	P. Veraton.
<i>Ferrol.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	V. Font.
<i>Figueras.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	F. Baquedano.
<i>Gerona.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda ó Hijos de Zamora.	<i>Teruel.</i>	J. Hernandez.
<i>Gijón.</i>	R. Oñana.	<i>Toledo.</i>	L. Poblacion.
<i>Granada.</i>	M. Lopez y Compañía.	<i>Toro.</i>	A. Herranz.
	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	M. Izalzu.
<i>Guadalajara.</i>	J. P. Osorno:	<i>Tudela.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Habana.</i>	r. Guillen.	<i>Tuy.</i>	T. Perez.
<i>Haro.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Huelva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	D. Jover y H. de Rodriguez. Soler, Hermanos.
<i>Huesca.</i>	F. Alvarez de Sevilla.		M. Fernandez Dios.
<i>Irun.</i>	J. Urquia.	<i>Valladolid.</i>	L. Creus.
<i>Játiva.</i>	Minon Hermano.	<i>Vich.</i>	J. Oquendo.
<i>Jerez.</i>	J. Sol ó hijo.	<i>Vigo.</i>	A. Oguet.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	J. M. Caro.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	V. Fuertes.
<i>Leon.</i>	P. Brieba.	<i>Vitoria.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.
<i>Lérida.</i>	A. Gomez.	<i>Zafra.</i>	
<i>Linares.</i>		<i>Zamora.</i>	
<i>Logroño.</i>		<i>Zaragoza.</i>	
<i>Lorca</i>			

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.